

CIENIT

— sociología —
— ciencia — literatura

9
Sumario

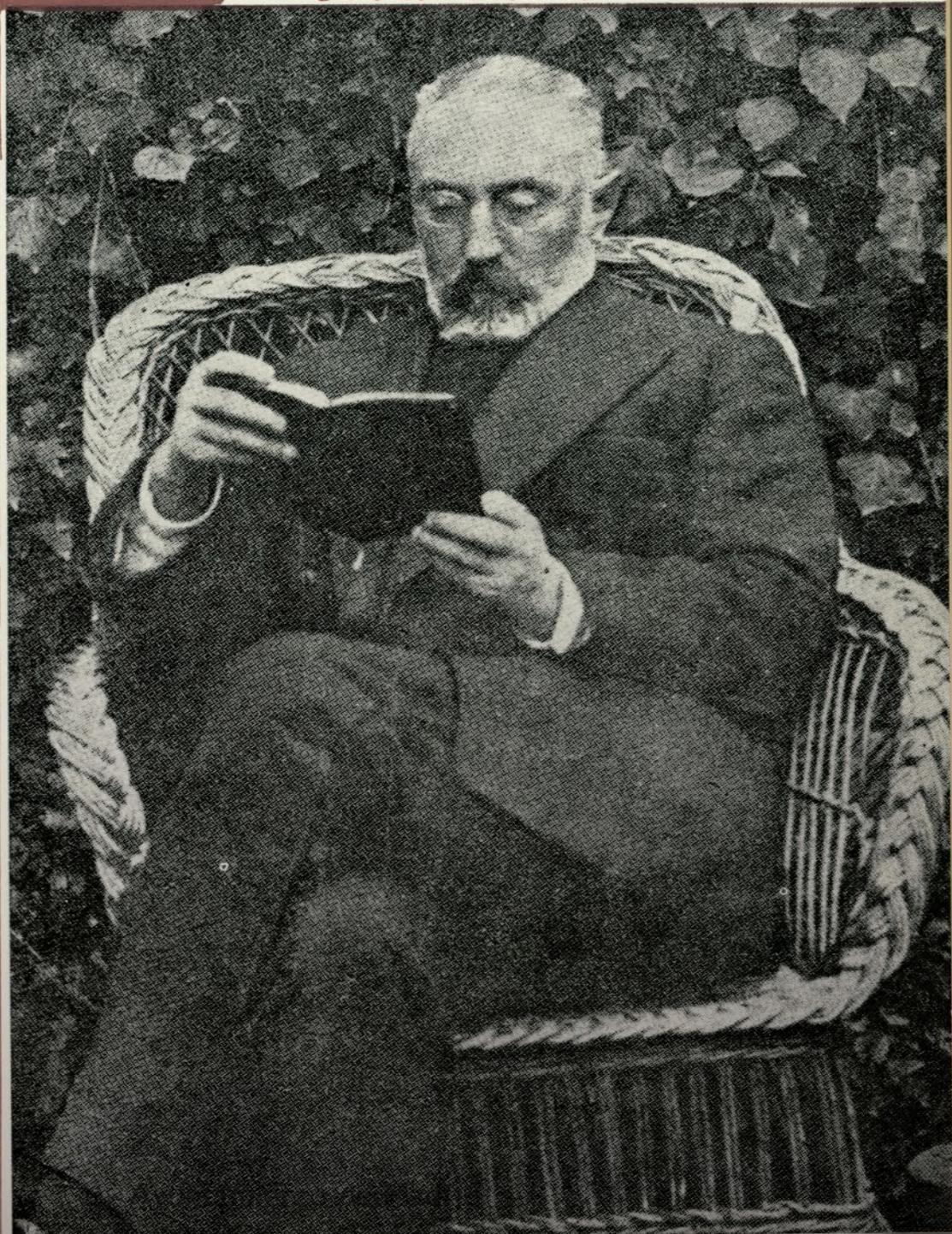
Editorial. — **J. Guerrero Lucas:** «No'el 67». — **Floreal Ocaña:** Asesinato de Miguel de Unamuno. — **Cosme Paules:** No pueden ser los «Ultimos poemas» de Eugen Relgis. — La vida y los libros. — **Abraham Guillén:** España en la época contemporánea. — El pensamiento vivo de Elias Reclus. — **Rudolf Rucker:** El Socialismo y el Estado. — **H. L.:** Los sindicatos. — Unamunianas. — **Gustavo Cochet:** Miguel Angel y Picasso. — **Eugen Relgis:** El Soñador de la Paz. — **Abarrátegui:** Proverbios de Salsamendi. — **García Lorca:** Granada. — **Ramón Liarte:** El Mundo y nosotros.

179

Noviembre - Diciembre 1967

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 P.



NUESTRA PORTADA

PLEEAR con sombras es término de Sócrates. El filósofo, sostiene Platón, tiene que habérselas con ese reino de sombras, de siluetas, que es lo sensible, en que, sin saber cómo, se halla instalado por nacimiento, luchando toda la noche de la vida sin llegar a ver bien con quién se lucha, por qué se lucha, cuál será el resultado.

Unamuno fue más que profesor excepcional. Fue un luchador que en busca de la idea soñó durmiendo y despierto toda la vida.

Unamuno existe — dice el poeta — tal como existe Don Quijote. Tal como existe Sancho y Dulcinea del Toboso. El genio anarquista se ha disputado muchas veces con el que fue rector genial de la Universidad de Salamanca. Unamuno se peleó con Dios y con los Anarquistas. Tenía la costumbre de disputarse con los que más le preocupaban. No supo descansar y se pasó la vida en la brecha, como nosotros. La España franco-falangista ha levantado la Estatua de Miguel de Unamuno, debida al escultor Pablo Serrano, erigida en Salamanca. Después de asesinar al genio se trata de ensalzar al hombre muerto... Pero el pensador sobrevive como un atlante.

Unamuno, y este es nuestro mejor recuerdo, no nació en un cuartel ni en un convento, ya que como Cervantes vino a la vida «en la más alta ocasión que vieran los siglos.»

¡Loor al sabio, al genio y al bueno! ¡Viva la inteligencia!

GENIT

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero, Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

GENIT

★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVII

Toulouse, Noviembre - Diciembre de 1967

N.º 179

EDITORIAL

QUERER NO ES SER

S IEMPRE hemos sido partidarios de establecer la libertad para todas las creencias, opiniones y principios. Postulamos en el orden filosófico la libertad para todos los hombres. No hay idea bien intencionada que no merezca nuestro respeto, que no alcance la consideración del movimiento anarcosindicalista. Pero entiéndase bien: consideración no es aprobación. Cabe agregar sin rodeos que una cosa es la idea, y otra muy distinta, los procedimientos que se usan para hacer triunfar los ideales.

Para ser hombres de recias y firmes convicciones se requiere, como mínimo, un sentido abierto a la formalidad, o si queréis mejor, a la honradez de propósitos. El hecho de proponer, autoriza a la **defensa de lo que se postula**, mas no a la destrucción parcial o completa del que no hace patente su fe a una determinada manera de pensar. Los anarquistas entendemos la libertad ausente de toda imposición venga de donde viniere.

Hay un verdadero galimatías entre éso que se ha dado en llamar principios y fines. Es una forma como otra cualquiera de hacer lo que a uno le da la gana. Y cuidado: nadie más partidario del orden moral y científico que los anarquistas. Si hay un desorden general reinante es en los fines y los medios de quienes nos critican y tratan de desprestigiarnos. Claro que a esta tarea de demolición se aplican algunos desquiciados que andan por donde no saben caminar. Pero ya es sabido de memoria el refrán que dice: «ni están todos los que son, ni son todos los que están.»

Querer no es ser.

Se puede querer y hacer mal a lo mismo que se quiere. Se trata, en suma, de optar como saben hacerlo los que luchan por una idea positiva: o sacrificarse por la idea, o sacrificar la idea para que

el mezquino interés particular siga triunfando. Cierto es también, que muchas veces, hasta no queriendo se sirve mejor que el que quiere mal. Pero no hay que confundirse: sirve quien voluntariamente se convierte en la lucha misma.

Se ha de ser lo que se piensa y siente; aquello que se lleva dentro. Ser lo que no queremos ser, eso es no ser nada. O ser un harapo, que es mucho peor. A la afirmación que dice: «Yo sólo sé que no soy», hay que responder: sabemos que somos hombres y esto ya quiere decir algo. Dice muchas cosas.

Nosotros nos oponemos a la violencia del poderoso porque defendemos a los débiles de todos los parajes. No estamos hechos para sacudir el polvo del «látigo del amo», ni para aceptar la coza del asno con resignación eunuca. Una cosa es cierta, en concreto: que no todos los burros dan coces; pero todos los tiranos dominan por la violencia. Entre un Platero apacible o un tirano encanallado, la opción está hecha de antemano. Equivocarse por falta de conocimientos no es grave. Lo imperdonable es incurrir en error a sabiendas y defender lo indefendible por pura y mala intención.

¿Quién no se equivoca pensando el pensamiento? ¿Quién sueña sueños que al finalizar sabe que «sueños son?»... ¿Quién trabajando no echa a perder una materia, andando no tropieza, o odiando no ama? ¿Morir? ¡No! Vivir. Y después luchar. Pero amando siempre lo que entendemos que debe ser querido. Porque querer, si bien no es ser, ya es un gran paso. No diremos tampoco, sería demasiado fácil, que querer es poder. ¿Puede el que quiere? ¡Qué importa! Digamos lo que decir queremos: **Ser es querer.**

La historia del anarquismo debe ser denominada la historia de la emancipación humana. Por esta

razón ningún hombre de altos conocimientos desconoce, ya sea bueno o malo, ángel o bestia, que hemos sufrido y seguimos padeciendo represiones indecibles. Nuestro desgaste humano alcanza proporciones aterradoras. Nos hallamos en un navío azotado por la tempestad, pero estamos seguros de que no se hundirá. Cuando una idea como la nuestra está escrita con la sangre del sacrificio, con el dolor de la represión, es eterna. Y que nadie lo olvide: no hay idea más grande que aquélla que ha visto el sacrificio de todos los suyos y que se queda llena de la admiración de los extraños para ser amada y querida, hasta la imitación más completa.

Se impone un nuevo replanteamiento del ideal no desde el punto de vista de formulación doctrinaria, que es admirable, sino desde la base humana, llena de flaquezas y debilidades. El camino más corto para impedir desviaciones y evitar deslices es educarse una vez más en las ideas que forman parte de nuestra razón de ser. Las ideas - madre están tan obnubiladas en esta época de deformaciones y deformadores que a menos de sentir las y defenderlas con sinceridad y altruismo, ya no es posible conocerlas.

Quien no pretenda imperar sobre sombras, reinar sobre muertos o dirigir cadáveres, tiene que luchar para tomar contacto con la vida que siempre se renueva. La existencia y la tranquilidad son para jugárselas a cada instante. Porque si admitimos la vida como está y no tenemos deseo de modificarla, afán de dar un cambio profundo a las cosas para bien de los hombres todos, no vale la pena realizar esfuerzo alguno. No hemos llegado a la conclusión de hacer de la ciencia una nueva religión, máxime cuando afirmamos que no hay ciencia útil sin moral. Si falla la ética el universo trita de frío, tiembla.

No todo consiste siempre en ir hacia un objetivo. La vida en sí, y de por sí, tiene sus idas y venidas. De lo que se trata es de no pararse para morir. Dice la ciencia que la fiebre tiene sus escalofríos, sus ardores. Y la misma teoría de la relatividad revela que el frío muestra el ardor de la fiebre tan bien como el calor mismo. Todo tiene, pues, sus altas y bajas. Nada sigue igual. Se trata, en suma, no sólo de elogiar la virtud de nuestras ideas, sino de poner de manifiesto las contradicciones y arbitrariedades en que incurren los que nos combaten y persiguen; es decir, nuestros adversarios y enemigos.

¿Hemos de volver a lo que se llama eficacia de los medios y sequedad de los fines? Eso es palabrería de ocasión, hojarasca. El renunciar es fácil; existen infinidad de renunciamientos. El sér es casi único porque encarna una forma de vida, tiene cuerpo, es personalidad cuajada. Para tener ideas hace falta una grandeza de conciencia, igual que para luchar contra el mal y practicar el bien.

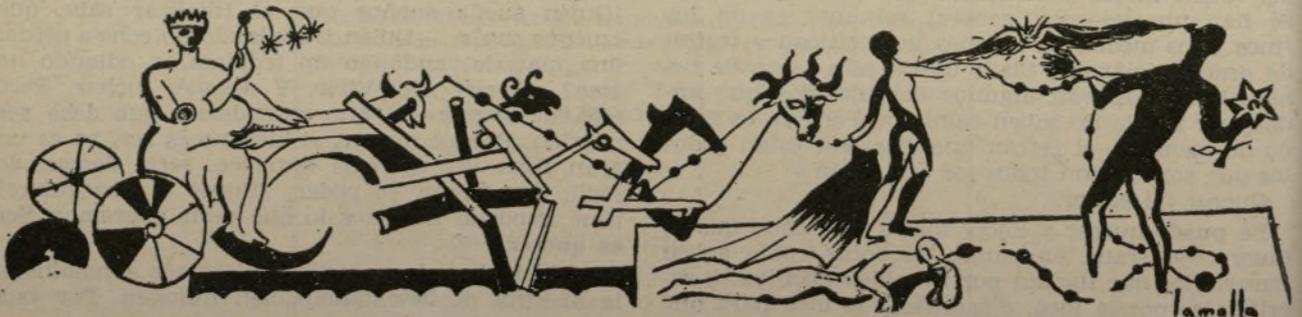
Lucha contra la explotación y sus estragos. Defensa incesante de la libertad que es luz en el ágora, estímulo en la investigación, prueba en la ciencia, conclusión en la experiencia y razón al servicio de la sabiduría. El anarquismo es un estilo de vida que va contra el actual estado de cosas porque son cosas y porque son Estado. Si no hubiese razones de peso para luchar; si no hubiese verdades que defender... Mas habiendo unas y otras, la lucha ha de ser sin tregua. Por la justicia vilmente sacrificada en aras de los dioses de trapo, por la libertad atada por los tiranos, por el hombre supeditado a las instituciones. Dios no ha muerto, dicen los creyentes. El anarquismo no morirá jamás, afirmamos nosotros. Quede para él, el cielo, y para nosotros la tierra. O hacemos ese pacto inmediato, o ya veremos quién vence a quién. La revolución científica, social y humana está en marcha.

Hemos de situar cada cosa en su lugar y a cada hombre en su puesto. No debe, no puede haber equivocaciones al respecto. Los anarcosindicalistas deben trabajar por la fuerza misma de los acontecimientos, con el fin de demostrar con hechos que la fuerza misma de la existencia de los seres humanos debe ser el paso decisivo de la revolución social. La garantía de esta eclosión debe tener lugar no por el Estado, sino completamente fuera del poder y rechazando su intervención así en los medios como en los fines.

¿Qué queremos?

La libertad para el hombre, la justicia para la sociedad entera. La unión de todos los seres del universo dentro de una sociedad federada por el amor, asentada en la igualdad de derechos y deberes, sostenida por el trabajo y la ciencia y ordenada conforme al amor y la paz.

Quien quiere ser anarquista es un hombre que busca, ama y defiende la libertad, para que todos sean lo que él es: un fiel servidor de la especie humana.



"NÓBEL 67"

por J. GUERRERO LUCAS

LA más alta distinción en el orden literario recae, en esta ocasión, en un hombre particularmente digno de nuestra veneración. Con tan justa concesión de este galardón preciado, la Academia sueca consagra una labor de contornos excepcionalmente humanos, obra de toda una vida de cálida agitación, de dedicación abnegada a las verdades seculares más profundas, más vivas e inamovibles, de un Continente angustiado y angustioso que no acaba de emerger de su marasmo. Mensaje sobrecogido de acusaciones hirientes manadas del propio seno de una tierra castigada. Via libre, autorizada, legítima, a la expresión poderosa de un sentir general siempre asfixiado. Al último desconsuelo de multitudes postradas. Grito airado y fraternal de una raza que aprende a salvaguardar sus más íntimas características. Que canta las trascendencias de su personalidad, de su fe obstinada en la naturaleza y en los seres, cual si hiciera de esta fe una balsa superviviente del naufragio genocida infligido por el materialismo espiritual y el imperialismo físico y económico.

Se honran, en un personaje singularmente entrañable, las facetas más jugosas y esenciales de aquel conjunto de pueblos, su tradición, su cultura, su lengua y hasta, ¿por qué no decirlo?, sin duda sus esperanzas justicieras, cual compensación simbólica, emocionada, al calvario inenarrable de que vienen siendo víctimas las Repúblicas ultramarinas, hijas espirituales de una España alumbradora de horizontes. Raíz ibérica gestadora de mentes que trabajan «con los materiales de lenguas preciosas — latín y castellano — y que, lejos de ser sus esclavos, extraen de ellas la libertad verbal, la exaltación de cuanto les es personal.» ¿Cómo no patentizar la sinceridad de nuestro regocijo? En la adjudicación que hoy celebramos somos conscientes de hallar reconocimiento y vigencia de valores culturales y corrientes humanistas que se hermanan sin roce a nuestros hondos anhelos de superación. Presentimos que se premia una cierta idea del hombre que las prácticas en vigor dibujan inactual y a la que, no obstante, permanecemos indefectiblemente aferrados. Sabemos que el homenaje al escritor acabado y rebelde, al poeta de matices brillantes al infinito, se desparrama como un bálsamo reparador sobre la hispanidad toda, sobre esa hispanidad de fraternidades gi-

gantes, de pasiones y armonías truncadas, huérfana de su destino, también ella inactual y proscrita, víctima de los mercados del poder y la finanza.

Coreamos en Miguel Angel Asturias una obra de amor inmenso. Pero de amor indignado por el dolor de lo amado. Un sueño enorme y sencillo que él gusta de definir como lucha encarnizada «por un poco más de pan y de dignidad». Mezcla original, sentida, de duelo y encantamiento, de resentimiento agónico y éxtasis renacientes. De alta reivindicación de imposibles. Visión soñadora y anhelante que, arrancando de la base misma de la existencia, clama el derecho a la vida en las particularidades étnicas, en la esencia individual, para venir, por un razonamiento sereno pero ardoroso, claro pero enardecido, vibración de sangre y nieve propia de espíritus libres, a plasmar con trazo duro y acongojada ternura el aullido pavoroso de todo un conjunto humano cuyas miserias abraza con la misma fiebre, con la misma enfurecida grandeza, con que denuncia las causas que las engendran.

Nuestro aplauso no puede pues ceñirse a la musical sonoridad cervantina, llena de evocaciones familiares, de Miguel Angel Asturias. Nuestro confort no es deudor solamente del

estilista de prosas exuberantes y cadencioso verso. El arte puede ser frío. El saber impersonal. Y la estética insensible. Saludamos una visión del mundo marcada indeleblemente por la tragedia ambiental, y esa búsqueda incansable, exigente, de aclaración a cuestiones eternamente sin respuesta. Una prolongada y cruenta experiencia que halla en sus propios desgarres razones de sublimar, por el afecto y la belleza, lo penoso de su impulso. Apreciamos una dilatada creación en que la riqueza imaginativa no empaña ni aun levemente el potente eco social que la baña e inspira. Cantamos, sí, una expresión de capitoso lirismo que se inflama y asciende a niveles estelares, insólitos, para de pronto zambullirse en la realidad, en el pulso vivo del pueblo, dando límites carnales a su alto testimonio...

No hay huidas, en su obra. Los hombres, la naturaleza, están demasiado presentes. Lo cotidiano palpita. Capitalismo agrario — «Huracán» —. Palabras maestras. Sensaciones clave: Hambre — Libertad: «... un poco de pan y de dignidad —». Y muerte, a la que tratará de quitar la guadaña, de infundirle ojos — «... que me vea; que respire; le insuflaré mi aliento... y puede que la be-se...» — que acercamos, sin querer, a la obsesión de la muerte

LO RELIGIOSO EN UNAMUNO

SE me ha preguntado a menudo: «¿Cuál es pues tu religión?». Voy a tratar no de contestarla, cosa que no pretendo, sino plantear algo mejor el sentido de la tal pregunta. Los individuos de espíritu perezoso propenden al dogmatismo. La pereza espiritual huye de la posición crítica o escéptica. Escéptica digo, pero tomando la voz escéptico en su sentido etimológico, porque escéptico no quiere decir el que duda, sino el que rebusca o investiga, por oposición al que afirma y cree haber hallado. Hay quien escudriña un problema y hay quien nos dá una fórmula, acertada o no, como solución de él. Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, a sabiendas de que no he de encontrarla mientras viva... Yo quiero pelear mi pelea sin cuidarme de la victoria. ¿No hay ejércitos y aún pueblos que van a una derrota segura? ¿No elogiamos a los que se dejaron matar peleando antes que rendirse? Pues esta es mi religión.

Esos, los que me dirigen esa pregunta, quieren que les dé un dogma, una solución en que pueda descansar el espíritu en su pereza. Y ni esto quieren, sino que buscan poder encasillarme y colocarme en uno de esos cuadrículados en que colocan a los espíritus. Y yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy especie única... Espero muy poco para el enriquecimiento espiritual del género humano de aquellos hombres o de aquellos pueblos que por pereza mental, por superficialidad, por cientifismo, o por lo que sea, se apartan de las grandes y eternas inquietudes del corazón... Solo espero de los que ig-

noran pero no se resignan a ignorar; de los que luchan sin descanso por la verdad y ponen su vida en la lucha misma más que en la victoria.

Y lo más de mi labor ha sido siempre inquietar a mis prójimos, removerles el poso del corazón, angustiarlos si puedo. Para esta obra es preciso aparecer algunas veces impúdico, otras duro y agresivo, no pocas enrevesado y paradójico. En nuestra menguada literatura apenas se le oía a nadie gritar desde el fondo del corazón, descomponerse, clamar. El grito era casi desconocido. Los escritores temían ponerse en ridículo. Les pasaba y les pasa lo que a muchos que soportan en medio de la calle una afrenta por temor al ridículo de verse con el sombrero por el suelo y presos por un polizonte. Yo, no; cuando he sentido ganas de gritar he gritado. Jamás me ha detenido el decoro. Y esa es una de las cosas que menos me perdonan mis compañeros de pluma, tan comedidos, tan correctos, tan disciplinados hasta cuando predicán la incorrección y la indisciplina... Cuando he sentido un dolor he gritado, y he gritado en público. Los salmos que figuran en mi volumen de Poesías no son más que gritos del corazón, con los cuales he buscado hacer vibrar las cuerdas dolorosas de los corazones de los demás. Si no tienen esas cuerdas, o si las tienen tan rígidas que no vibran, mi grito no resonará en ellas y declararán que eso no es poesía, poniéndose a examinarlas acústicamente. También se puede estudiar acústicamente el grito que lanza un hombre al ver caer muerto de repente a su hijo, y el que no tenga ni corazón ni hijos se queda en eso.

« NOBEL 67 »

del insigne granadino («Hoy como ayer, gitana, muerte mía...»). Compromiso consciente, activo: «Una literatura comprometida es una literatura invadida por la vida...» Y la alta lección moral del pago de su persona. «Cuando no está en el exilio está en la cárcel», escribe de él un cronista.

Tal es el hombre en su mundo de ensueños combativos. De alborozadas promesas. De inquietudes viscerales. Figura eminente y más fidedigno ejemplar de una pléyade amamantada en la entraña misma de la América maldita. Eco de la inmensa que-

ja que resonando en las costas, en las planicies de silencios minerales tierra adentro, en las selvas impenetrables, en los ríos caudalosos y hostiles, viene a vengar sus heridas, a gritar su desconsuelo, por los picos más enhiestos de la cordillera andina, cuerda tensa en el regazo del continente en convulsión. Como Josué de Castro, romance-ro del ciclo infernal del hambre en un Brasil espeluznante. Como Alejo Carpentier, sensualidad cubana que canta la Revolución humanista, con los que, entre otros, da vida, al mismo tiempo

que se nutre de ella, a una corriente literaria que se ha dado por misión enarbolar el pendón de los afanes humildes, de los que es el más sentido, el más admirable, el más impresionante portavoz, puesto que, como él confiesa, no trabaja con la luz venida directamente del cielo: «Escoge una luz reflejada que se hace carne en su poesía... No es la luz del sol, de la luna, de las estrellas, sino una luz acuática, fluvial, fantasmagórica...»

...Una luz para pueblos de hombres que sueñan con los ojos abiertos.

ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO CON «FRANCO, ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

por Floreal OCAÑA

«Cuando al fin me muera, si es del todo, no habré muerto yo, no me habré dejado morir, sino que me habré matado el destino humano. Como no llegue a perder la cabeza, o, mejor aún que la cabeza el corazón, yo no dimito de la vida; se me destruirá de ella.» — Miguel de Unamuno.

12 de octubre de 1967. Día festivo en México para celebrar oficialmente, como en otros países, una magna efemérides: el 475 aniversario del descubrimiento del continente americano por Cristóbal Colón.

«¡Tierra!», gritó un marino el 12 de octubre de 1492, voz que significó el feliz término de la audaz y arriesgada empresa por rutas marítimas ignoradas y la salvación de las propias vidas de Colón y de las tripulaciones de las tres carabelas.

Mencionamos la secular rememoración de la precitada gesta trasoceánica porque al holgar en este día y meditar al respecto recordamos otro 12 de octubre, pero de 1936, que la anti-España, lo indecente de España — hoy representado por el franquismo —, que hace cinco siglos llegó a encarcelar y encadenar a Colón, lanzó otros gritos que significaron lo opuesto a salvación de vidas y a progreso científico y humanista: «¡Muera la inteligencia!» «¡Viva la muerte!» Estas irritadas voces bestiales dirigidas contra Miguel de Unamuno lo condenaban a morir en el salón de actos académicos de la Universidad de Salamanca, de la que era rector, en presencia de periodistas, de curas trabucaires, de falangistas y fascistas: ¡de centenares de nazifranquistas que estaban festejando, precisamente, el mal llamado «Día de la Raza»!

En seguida recordamos que la prensa de la anti-España hizo saber al mundo que el 1 de octubre del año en curso el franquismo celebró el «trigésimo primer aniversario del nombramiento del general Francisco Franco a la jefatura del Estado.» ¡En este mismo año que celebran también, con des-coco y desfachatez inaudita, el trigésimo aniversario del «fallecimiento» de Unamuno!

Al proyectarse en la mente los precitados recuerdos nos dijimos: En este día, 12 de octubre de 1967, a no holgazanear e ir en busca de diversiones. A tomar la pluma en estas horas libres que no tenemos que luchar por el sustento diario y contribuir al proceso del Estado fasciofranquista que se pone

en evidencia como el asesino del ex-rector salmantino.

Proyectaremos, sí, nuestra rebelión contra los detractores de Unamuno, algunas de las acciones monstruosas del franquismo y el que éste considera su «acto principal», que quiere no se descubra ni divulgue y que, por lo tanto, no exhibirá la película titulada «Franco, ese hombre».

Anticipamos la acusación de asesinato que sostenemos en esta introducción al resumen de las varias charlas dadas — por el firmante —, en 1965, en la República Mexicana, en las que probamos, a nuestro entender — del que escribe al menos —, que Miguel de Unamuno no «falleció» a causa de una enfermedad.

Nos vemos obligados a dar esta explicación previa para añadir comentarios y consideraciones que no expusimos hace dos años y que, por sí solas, nos atrevemos a afirmar, como comprobarán los lectores, bastan para justificar, sobradamente, el «¡Yo acuso!» que lanzamos contra el régimen franquista.

En efecto, desde el 18 de enero los periódicos del Estado unitario — medieval, genocida, que encabeza el sátrapa ferrolano, llamado Paco «El Sanguinario», empezaron a publicar que, durante el año en curso, «Salamanca se dispone a realizar con importantes manifestaciones un homenaje a Unamuno para celebrar el primer centenario del nacimiento del genial vascongado y el trigésimo aniversario de su muerte. Van a levantarle un monumento que aún — dicen los franquistas — no lo tiene en Salamanca.» Informan, además, que «ya está lista la maqueta de esta obra, encargada al escultor Pablo Serrano, tantos años radicado en Uruguay y Argentina y hoy de nuevo establecido en Madrid.»

La compleja psicología criminógena del Estado nazifranquista, que desmenuzaremos un tanto más adelante, se pone al descubierto, al desnudo, con un acto monstruoso más: atreviéndose a «festejar» el trigésimo aniversario de la muerte de Miguel de Unamuno. Proyectándose así psicológicamente de manera clara, rotunda, como su asesino. Y a probarlo vamos.

Podría decirse que «el criminal ha vuelto a la escena del crimen»: Salamanca. Pero del criminal que nos ocupamos podemos decir más, muchísimo más: que no la ha abandonado desde el 18 de julio de 1936; que cometió el homicidio el 31 de diciem-

bre del precitado año y ha continuado en la misma agresivo, procaz, pensando que sujeto alguno puede testimoniar contra él al respecto. Está equivocado, pero ¿por qué lo cree tal asesino estatal? Por haber llevado a cabo su acción asesina después de planearla, cuidadosamente, desde hacía dos meses y medio, en sus dominios, y contar con fuerzas para alejar a los intrusos involuntarios y poder hasta «limpiar», impunemente, de «entrometidos y curiosos» el hogar de Unamuno — fondo del escenario del crimen — y sus alrededores el tiempo que necesitó para terminar, sin testigos, con la vida del insigne rector de la Universidad de Salamanca.

Después de haber cometido el asesinato «científico» según los cánones de la «alta» escuela criminal nazi — semejante a la rusa dictatorial —, especializada en obras de muerte, sus ejecutores «facilitaron» la presencia de testimonios amigos del victimado que «certificaran», a simple vista, sin más averiguaciones, «por la cuenta que les tenía», el «fallecimiento» natural del mismo.

Al estar seguros los asesinos de Miguel de Unamuno del éxito completo de su «operación», que éste no podría ya levantar la voz ni acusarlos por medio siquiera de corta nota escrita, que su invalidez consciente progresaba, como lo tenían previsto, consideraron que quedarían más a salvo de sospechas permitiendo que lo visitaran, en seguida, personas de confianza de la familia del rector salmantino.

Inmediatamente dejaron libre el paso hacia la puerta del hogar de Unamuno, el paso que estuvo cerrado o prohibido, unas horas, para todo el mundo, por falangistas y caníbales del Tercio al mando personal de Millán Astray con la venia de «Franco, ese hombre».

Faltaba la culminación de su obra criminal, el tiempo apremiaba y abandonaron o dejaron solo a Unamuno cuando cerró los ojos y apretó los labios, sin poder ya abrir los párpados ni pronunciar una palabra, en «aparente» estado de coma. Sabían sus verdugos que en x tiempo, apenas en el sepulcro, al minuto señalado por el tratamiento «científico» dado, volverían a «despertar» los sentidos de Unamuno, todo su ser consciente. He aquí por qué desarrollaban su plan criminógeno «matemáticamente».

Proyectaron no dejar huellas de su crimen alejoso y bien claras, inconfundibles, las dejaron desde el principio. Ordenaron se retiraran los «vigilantes» permanentes de Miguel de Unamuno, a los sayones que rondaban su casa con orden de dispararle si intentaba escapar o ponía tan sólo un pie en el pescante de un automóvil, y de detener a cuantos sujetos intentaran hablarle o se acercaran a la puerta o a alguna ventana del domicilio de aquél. Sólo quedaron ocultos, en otro edificio de enfrente, feroces legionarios del Tercio de confianza de Astray — seguramente ya desaparecidos, porque se les fue la lengua al empinar un día el codo —, bien armados, vigilando la entrada a la casa de Unamuno para impedir, drásticamente, que amigos de éste se atrevieran a llevarse su cuerpo exánime.

La calle de Bordadores, donde residía Unamuno, parecía libre de la inquisitiva y amenazadora vigilancia acostumbrada. Mas en la sombra los caníbales que gritaban «¡Viva la muerte!», «¡Muera la inteligencia!», acechaban para exterminar también a los individuos que intentaran arrebatárles la presa.

Los victimarios no estaban a la vista; pero cuantos intervinieron en la acción criminal, directa e indirectamente, en nombre de la anti-España, quedaban al descubierto: su proceder los delataba. Dejaron «sin vigilar» a Miguel de Unamuno, porque bien sabían que ya «no podía intentar la fuga»; por otra parte, planearon que su muerte fuera descubierta y hecha pública por amigos de aquél y no por las autoridades franquistas. Obvio es explicar por qué.

Hasta sabían a qué hora y segundos sería visitado por Bartolomé Aragón. Este llegó a la casa del rector de la Universidad salmantina sin que ni un guardia le saliera al paso para pedirle el permiso oficial, sin el cual no permitían que lo visitaran aquellos últimos meses del año de 1936 de horror y terror fascista. Tenían prisa que alguien, «no sospechoso», lo acompañara en sus últimos momentos. Abreviaban trámites; ahorran los minutos para poder sepultar a Unamuno en el momento preciso. Los asesinos a sueldo del Estado nazifalangefrankista, con la bendición de la Iglesia, no querían fallar.

Frente a la puerta del domicilio de Unamuno se hallaba un reportero de «Vendredi», publicación francesa en la que vio la luz, en 1937, el reportaje que su representante hizo y que reproducimos más adelante. Tampoco fue molestado por polizone alguno para pedirle documentos de identificación, etc. Y relata que vio salir de la casa a un individuo que — tomándolo, seguramente, añadimos nosotros, por un agente del Movimiento Nacional — al verlo le dijo muy excitado: «¡Unamuno ha muerto!» ¿Estas palabras fueron pronunciadas por otro sujeto o por el mismo Bartolomé Aragón?

El caso es que nos encontramos ante los dos primeros datos, en presencia de dos huellas imborrables, contundentes, sobre la acción criminógena llevada a cabo por la anti-España. Transcurridas algo más de tres décadas se presentan más claras y concluyentes. Sin embargo expondremos otras más positivamente acusadoras.

«Yo no dimito de la vida; se me destruirá de ella», escribió el rector de la Universidad de Salamanca, que ya previó que a él lo destruirían.

Bartolomé Aragón al ver el rostro de Unamuno contraído, dolorosa y extrañamente, crispado como si siguiera en lucha contra la muerte, cuando ya lo daba por muerto, una terrible y reveladora nueca del que se resistió y parecía seguir resistiéndose a morir violentamente, tuvo más que la impresión que lo asesinaban: la convicción que moría, irremediamente, sin poder ayudarlo, en manos de los que lo condenaron a la última pena el 12 de octubre histórico; que había caído en una trampa falangefrankista que podía serle mortal; que resultaría inútil, en aquellas horribles cir-

cunstances, el intento de salvarlo y que de intentar el perdería también la vida.

El estado de ánimo, el sentir y el pensar de Bartolomé Aragón — de no ser cómplice, a las buenas o a las malas de los franquistas — en aquellas horas trágicas nos lo explican las dos lógicas razones siguientes: primera, porque debió acudir, en seguida, en busca de ayuda, de uno o más médicos, por si Unamuno sufría un síncope solamente u otro mal cualesquiera e intentar su salvación al menos; y, segunda, que sin hacer lo anterior, lo primordial, sin perder un segundo de tiempo siquiera en casos como el de Unamuno, de aparente extrema gravedad, salió del domicilio de éste — a sabiendas o no que los asesinos lo utilizaban como testigo y mensajero de la muerte — a darle la noticia a los familiares del victimado y al encontrarlos, presa todavía del pánico, por acción sensorial — motora, en la que la voluntad no interviene, o lo hace tardíamente, cuando ya se ha dicho o hecho lo que se pretendía callar o no hacer, para eludir malas consecuencias, Bartolomé gritó: «¡Unamuno ha muerto! ¡Pero yo no le he hecho nada! ¡Yo no le he matado!»

¿Quién le hizo «algo» a Miguel de Unamuno? ¿Quién le mató? Lo hemos dicho y lo repetiremos: La anti-España, capitaneada por «Franco, ese hombre».

«Yo no le he hecho nada. Yo no le he matado», palabras de Bartolomé Aragón que reflejan su impresión primera, tan elocuente, y se reproducen en «Vida de don Miguel», por Emilio Salcedo, Ediciones Anaya, Salamanca, publicada en 1964, en la misma capital salmantina, sin darle toda la importancia que tienen o que les damos nosotros.

En el mismo precitado escrito Salcedo hace constar que desde el 12 de octubre de 1936 no faltaron «los que iban a palacio para pedir el inmediato fusilamiento de Miguel de Unamuno». Pero en la cueva de los canibales de El Pardo, del llamado palacio, le reservaban muerte mucho más feroz y cruel.

Admitiendo, convencionalmente, para el caso de Unamuno, el concepto, tan vulgarizado, que el homicida vuelve, generalmente hablando, al lugar en que cometió el homicidio, podemos decir que el Estado fasciofalangefranquista se presenta como una de las excepciones en la regla de los ejecutores de crímenes en el seno del mundo autoritario.

Los directores y los autores materiales del asesinato de Miguel de Unamuno no necesitaron siquiera alejarse del sitio que lo cometieron y de las provincias circundantes de la sufriente España del Quijote: ¡del suelo dominado y pisoteado por todas las fuerzas bestiales del régimen franquista! Aunque la estricta verdad es que no quisieron, ni pudieron, ¡ni pueden hacerlo como singulares potencias telúricas los retuvieron hasta que el pueblo español pueda reaccionar, alzarse y hacer justicia cabal! Esta hora justiciera sonará, inexorablemente, ¡en el momento más inesperado por el nazifasciofalangismo-franquista!

Mientras la anti-España, que ya tuvo la osadía y el descaro de celebrar, en 1964 el 1^{er} Centenario

de Miguel de Unamuno, en su afán de borrar huellas de su crimen vuelve a «permitir», en 1967, que en Salamanca se repita tal celebración, el trigésimo aniversario de su «fallecimiento» y se le levante un monumento que «cubra» hasta el último indicio de su nefanda acción.

Los políticos, psicólogos criminalistas y sicarios o, en concreto: todos los servidores del Estado representado hoy por «Franco, Ese Hombre» — como mañana puede representarlo otro sujeto semejante con otro nombre —, han seguido rondando por los exteriores del hogar, que hollaron, bestialmente, del que fue preclaro rector de la Universidad de Salamanca, por el escenario de su «operación» criminógena, interesados en que ni el más mínimo indicio quede que los acuse, por ahora al menos, a los ojos de todo el mundo y de los españoles en particular.

Con decenas de miles de otros casos, de victimados inermes, no tomaron precaución alguna: los ejecutaban a plena luz del día en todas las provincias sojuzgadas por el fascismo a partir del 18 de julio de 1936. ¡En presencia de cuantos curas, beatas, falangistas y demás fascistas asistían, por sádico placer, a las matanzas, a los espectáculos sangrientos! Pero entre éstos espectadores dominados por los peores sentimientos medievales pudieron mezclarse, por representar a publicaciones reaccionarias o de derecha política, de otras naciones, periodistas que les repugnó y sublevó tanta barbarie, y la condenaron al informar a sus respectivos periódicos y revistas de todo el orbe.

Para relacionarlo con lo que seguirá sobre en qué condiciones: si «vivo o muerto» fue sepultado Unamuno por los fasciofalangistas franquistas, citemos como ejemplo al respecto, sólo lo ocurrido en Badajoz, en la capital de la provincia de mismo nombre, tan poco poblada; y servirá, además, para formarse una idea sobre cuantas personas fueron asesinadas por militares y fasciofalangistas, sin haber tomado aquéllas las armas, por el sólo hecho de pensar distintamente a éstos, en municipios y capitales con centenares de miles y millones de habitantes.

Ebbe Munk, periodista, reportero internacional del «Berlinske Tidende», diario de Copenhague, de tendencia conservadora — afin, en el campo político, de los movimientos y de las acciones derechistas y, por lo tanto, nada sospechoso de ser pro-antifranquista —, fue testigo de lo que ocurría en toda la zona dominada por las fuerzas del llamado Movimiento Nacional, clérigo-militar-fascista, y del relato que hizo sobre cuantas escenas presencié, sin poder protestar, en la precitada capital extremeña, extraemos las siguientes líneas: «Es un hecho conocido que en la hecatombe de Badajoz perecieron más de 10.000 — diez mil — personas. ¡En una ciudad que sólo contaba 60.000 habitantes! Cuando Badajoz fue conquistada el 14 de agosto, casi al mes del alzamiento nacionalista, se procedió a la ejecución en masa en las plazas públicas.»

La plaza de toros de Badajoz fue escenario de varios de estos asesinatos colectivos. Centenares de presos políticos y sociales eran transportados amontonados, peor, mucho peor que el ganado que se

lleva al matadero, en camiones al ruedo de dicha plaza de toros atados con alambres de púas. Y en presencia de público fascista los exterminaban con ametralladoras y otras diversas armas de fuego. En seguida los enterraban en una fosa común a muchos de ellos vivos todavía, con heridas más o menos graves, sin que los asesinos se ocuparan de darles el tiro de gracia. ¡Ni cuando algunas veces los amontonaban y quemaban!

Ni antes de la era vulgar los cristianos sufrieron tanto perseguidos y sacrificados por los emperadores romanos, hasta Constantino; ni la Inquisición misma medieval, al servicio de la Iglesia católica, apostólica y romana cometió tantas atrocidades como sus continuadores cometieron en España, en 1936-39, y años siguientes, hasta nuestros días, vengándose del «espíritu» del Renacimiento que ha sido superado por el Pueblo español, por el gran Quijote que acabará venciendo, al nefasto régimen fascista que pretende sostenerse con mentiras, a sangre y fuego.

La Agencia Reuter el 17 de agosto de 1936 — en el mismo mes y año que lo hizo, entre otros diarios, el «Berlinske Tidende» de la capital de Dinamarca — comunicaba lo siguiente a los periódicos de todo el mundo: «Se queman los cadáveres amontonados en enormes piras humanas para evitar, según se afirma, inconvenientes y pérdidas de tiempo.» ¡Y no lo perdían siquiera con los heridos que encontraban en la pira horrorosa muerte en vez de la libertad que pensaban obtener, o intentarlo al menos, desesperadamente, al menor descuido que observaran en sus guardianes-asesinos, los que aparentaban estar bien muertos, resistiéndose a los dolores que les producían las heridas!

Más que atroz, horrible, inimaginable, por lo horrendo, fue la muerte de los pocos que tuvieron la fuerza de voluntad, apretando los puños y mordiéndose los labios, sufriendo lo indecible, sin proferir un ¡ay! delator, mientras los cargaron y descargaron, dándolos por muertos, sin miramiento alguno, como sacos de huesos y músculos, como bultos cualesquiera, resistiendo el trayecto, en tan malas condiciones, de la plaza de Toros — o desde otras calles y plazas públicas que también realizaban ejecuciones en masa — a su «destino», con la ilusión de la posibilidad de salvarse. Pronto se desvanecía ésta al verse echados a la fosa común o a la pira, recibiendo en la primera cal viva, antes de ser cubiertos por tierra y piedras; y en la segunda

rociados con petróleo y dado fuego. Al sofocarlos el humo y quemarse sus músculos se descubrían, sin esperanza ya de salvación, al límite de sus resistencias físicas, maldiciendo a sus verdugos que los ejecutaban sin siquiera previo proceso; porque ¡solamente perseguían acabar con los idealistas, con los cuerpos animados por pensares y sentires generosos, progresistas!

La chusma encanallada, retrógada, fascistoide gritaba: «¡Disparen los que tengan armas de fuego, pronto, contra esos que se arrastran humeantes fuera de la pira y sobre aquéllos que saltan de la misma; se hacían los muertos; pretendían escapar!»

No había escape; se abrían paso por entre los cadáveres ya no para salvarse, que era imposible, sino deseando les dispararan cien balazos que acabaran, al instante, con su tanto sufrir.

Y de entre la algazara, las palabrotas y las risotadas de aquellos bárbaros sujetos, con cruces colgándoles de los cuellos, brotaban voces que ordenaban rugientes: «¡Nada de rematar con tiros de gracia a los que se quejan; querían burlar nuestra vigilancia, pues que ahora sufran algo más antes de morir!»

¡Vaya piedad cristiana la suya! Sin embargo, ante esos y otros horribles espectáculos, lloraban periodistas avezados a contemplar horrores y luchas cruentas en Asia y en Africa, como el francés Louis Roubaud, enviado especial del diario conservador, cien por cien, «Le Petit Parisien», que aparecía en la capital de Francia, que imprimía millones de ejemplares diariamente. El precitado periodista, el 25 de julio de 1936, apenas transcurrida una semana del alzamiento militar-fascista, y de haber sido testigo ya de masacres semejantes a las mencionadas en regiones donde las fuerzas fascistas — hoy llamadas franquistas — triunfaron, por sorpresa, sin haber tenido bajas, al no encontrar resistencia, publicó en su periódico lo siguiente:

«Escribo con la mano temblorosa y las lágrimas en los ojos los horrores que he presenciado.»

El 18 de agosto del mismo año el corresponsal del rotativo inglés «Manchester Guardian», escribió: «Es imposible precisar el número de prisioneros ejecutados en Badajoz»; y a las atroces escenas que diariamente, de día y de noche, presenciaba, por calles y plazas, las calificó de «espantosamente anodantes».

(Concluirá)



No pueden ser los «Últimos poemas» de Eugen Relgis

por COSME PAULES

PABLO R. TROISE — el buen amigo de los libros —, tiene que estar equivocado. El ha dado el título a este nuevo poemario del exiliado escritor rumano: Eugen Relgis.

Y ha tenido a bien poner así: «Últimos poemas» de Eugen Relgis. No pocas veces el poeta incendia una frase, y, sin querer, la hace suya. Luego resulta que en su fuero interno lo entiende perfectamente bien; pero nadie más puede comprender su significado. El resto lee gráficamente lo que está escrito. Y lo que está escrito no es precisamente lo que el poeta piensa. Porque es muy difícil auscultar el tono exacto de un poeta. Pablo R. Troise, es un joven poeta también, y él no ha querido — estamos seguros de ello —, decir lo que titula su versión de estas radiantes estrofas de Eugen Relgis. Lo ha dicho en su tono; pero su tono — esta vez — no puede ser captado por los que de verdad amamos a Relgis. Estos, ni ningunos otros, son los últimos poemas del humanitarista, al menos... ¡por ahora! Un día quizás se publicará definitivamente «Sus últimos poemas».

Hoy, son rayos clarificadores, vivificantes y entusiastas, estos «nuevos poemas de Eugen Relgis», título que le vendría mejor, por ser más comprensible, más realista, a esta nueva versión de poemas relgianos, nacidos — ¡otra vez! —, de la cristalina fuente amable y fructificadora que constantemente mana del profundo corazón de Troise. (Que nosotros sepamos, con anterioridad nos ofreció las codiciadas bellezas rebeldes y humanizadoras que se encierran en los siguientes títulos troiseanos, alrededor de la inmortal poesía relgiana: «En un lugar de los Andes», y otros poemas: «Locura y siete antifábulas», y «Corazones y motores». Ignoramos si hay más versiones menores de Troise, aunque creemos que las hay. Y que si las hay las habrá, porque este joven poeta amigo, no pudo, ni puede, ni podrá descansar tranquilo, en cuanto piense que hace un vacío esencial en la obra del escritor insigne que nos ocupa. Quien además de insigne es... **compañero**. ¡Qué barbaridad!).

Transcripción y reseña de la página 41 de este librito que late al ritmo de un corazón sublime:

«... ¿Por qué, sin darme cuenta, te has quedado, perro-lobo, aquí, cerca del banco donde yazgo perdido, ajeno a mí?
¿Por qué me miras, pobre vagabundo, con tus ojos tan blandos, tan humanos?
Parece que quisieras murmurarme, decir una palabra, si pudieras,
algo divinamente dulce: «Hermano».

Sí, amigo lector, no siente nada, no siente nada, no comprende nada de eso transcripto, pues entonces, huelgan todas las palabras, todas las alu-

siones y **huelga todo**. Es inútil intentar cambiarlo. No alcanzó — por mucho que lo sienta —, su punto de partida. No llegará. No llegará a la parte que como **humano**, debería llegar si se esforzase.

De un libro que no necesita transcripciones, a veces se copian párrafos, para evitar malas lenguas. Porque, ¿cuándo y dónde no existieron malas lenguas? Eso es y ha sido siempre lo más corriente en el mundo. Por eso dejamos hablar a Relgis, en su versión Troiseana, silenciándonos nosotros, con esfuerzo — ¡eso sí! —, por miedo a las malas intenciones ajenas. ¿Estamos?

Pues sí: **estamos**. A un autor como Relgis — aún cuando no fuese traducido por Pablo R. Troise —, no es necesario señalarle pequeñas o grandes «pepitas» de «estilo poético». ¡Sería un insulto! Quien lo lea medite, ha de buscar su fondo y su altura. Y si eso halla, huelga todo argumento de «academia».

«Erase una vez el año mil
novecientos cuarenta y dos en tiempos
de cólera y de ira

— con hordas de «héroes» que carneaban pueblos
quebrando y destrozando los tesoros
de trabajos, ensueños y penurias
en turbiones de horror —.

En esos tiempos, de un país a otro,
los cuatro jinetes

del Apocalipsis
saltaron embriagados

de sangre, arteralmente...» (pág. 43)

¡Ay, ay, ay! ¿Algo más para reconocer la belleza poética? El que quiera otra cosa que se vaya a la escuela. Allí le explicarán de qué manera «más sabia y hermosa» hacer **poesía hueca**. Pero allí — de seguro también que no encuentra **poesía** de rasgos amorosos y liberadores de la multitud. ¡Hábleme usted de multitud rebajada a **cero!** por los que:

«Triunfaron con su espada,
mas corroidos bajo sus corazas
aullaban galopando hacia las rojas
bacanales.»

Ni una palabra más. Ni una estrofa. Porque nos da miedo incurrir en delito de profanación. Ahora, más que nunca, se impone leer, releer y meditar estos **últimos poemas** de Eugen Relgis. Quien se precie de sí mismo, debe hacerlo. Las gotas del rocío matinal no han de caer en el vacío subterráneo de la maldad y el odio. Hay que saber y estar siempre dispuesto a bañarse en las claridades vivificadoras de la aurora que renace sin cesar. Y que es la única y sola potencia de vida a que podemos aspirar. O nos hacemos humanos o terminamos en pasto despreciable por las bestias. No hay más ca-

mino que la belleza que hincha de plenitudes humanas el corazón de los hombres y de las mujeres sensibles. El resto son atolladeros, quebradas, sinuosidades de angustia y desolación sin nombre.

Los últimos poemas de Eugen Relgis, no pueden ser los últimos, porque él nos dará — ¡aún! —, lo mejor de su limpia y genital existencia. No nos cabe duda de ello. Y no sabemos si lamentar este título de Troise o quererlo, como incitador, para el sabio humanitarista, de nuevos e inconcebibles esfuerzos en pro de todos y cada uno. El secreto está en el sensible estro del joven poeta uruguayo. Pero nos gustaría que él lo confesase todo ahora, en este momento cumbre de su comprensión radiante y

de mano maestra, sobre sus propios anhelos de un eterno refluir relgiano. El — Troise —, que con tanto amor y pulcritud ha sabido ofrecernos hasta ahora los mejores y mayores tesoros del astro rumano, vertidos al castellano. Lo que podríamos agregar, tan sólo serían signos. Nos negamos a hacerlo.

(1) ULTIMOS POEMAS, por Eugen Relgis. Versión castellana de Pablo R. Troise. Ediciones «Humanidad», Gaboro, 903. Ap. 7. Montevideo, Uruguay, 1967, 55 p. (Contiene «Crónicas Anticipadas» de R. Ferrándiz Alborz, Antonio de Undurraga, y del propio traductor.)

LA VIDA Y LOS LIBROS

« COLGANDO LOS HABITOS »

De Han Ryner, nada podría ser indiferente. Hace poco nos alegrábamos (*Action et Pensée*, Acción y Pensamiento, 1951, n° 4) por su «presencia» mantenida. Su obra póstuma continúa apareciendo, gracias a la fidelidad de Louis Simon y de los «Amigos de Han Ryner». Después de *Me llamo Eliacin*, sobre el cual el año último escribimos algunas buenas cuartillas, he aquí ... *Aux Orties* (Colgando los Hábitos). Después de la infancia, la adolescencia. Son los dos paneles de un díptico, y uno no podría ir sin el otro. El maestro quiso cierta vez unir el segundo libro al primero mediante su mismo título, pensó en titularlo *La muerte de Eliacin* — y también *Cómo en un plomo vil...*, por otro hemístico raciniano —, pero ésto es sin duda demasiado sabio. «Colgando los Hábitos» marca más violentamente el momento de la dura rebeldía de la adolescencia. Se comprende: son los hábitos los que se tiran a las ortigas. Han Ryner los ha lanzado, a decir verdad, antes de haberlos vestido, pero el gesto, aunque sólo sea simbólico, no es por ello menos elocuente. Pues el creyó tener, siendo aún niño, la vocación de «Pequeño Hermano de María». Si existió equivocación, también hubo la inexplicable torpeza de aquellos Hermanos en los cuales él se instruía, la corta vista de unos, el pequeño sadismo astuto de otros, y el proceso que aquí trata de semejante pedagogía, aunque deslustrado de rencor y aligerado por el humor, permanece serio. Lo que no le impide además el hablar con ternura de tal maestro suyo, como el bueno y sencillo *Padre Juan que es un Santo*.

No obstante, no nos dejemos tirar demasiado hacia un solo lado por el título. Pues hay en este precioso pequeño libro algo más que este proceso. Existe todo el despertar de una conciencia recta, de una sensibilidad susceptible, de una inteligencia asombrosamente viva y precoz. La pasión por el estudio que animó a este niño pobre el hacer un hurto en una librería de viejo, la manera en que aprendió solo el latín, lo que le valió por salario, de parte de uno de sus tontos pedagogos, el ser tenido por mentiroso; los primeros amores, infantiles aun, compartidos curiosamente entre dos muchachitas, todo esto compone el cuadro de un

joven muchacho tan afectuoso como travieso, que debía ser muy cariñoso, y que habría uno querido conocer.

Yo he tenido la ocasión de decir un día, comentando algunos de los grandes libros de la madurez generosa de Han Ryner, que había en él algo de Voltaire y de Tolstoi, y «mucho escepticismo en el tono y el espíritu, al mismo tiempo que mucha fe en el corazón», y tuvo a bien escribirme que esta definición no le desagradaba. Las dos venas aparecen ya en el curso de estos recuerdos agradables de su joven edad, íntima y bellamente trenzados uno a otro; pero en *Me llamo Eliacin*, acentúa más la fe ingénua y los impulsos de ternura de un niño puro, mientras que, en *Colgando los Hábitos*, cae del lado de la ironía maliciosa y mordaz.

Pero, hacia el final, el corazón vuelve a recobrar sus derechos, en las páginas dedicadas a la muerte trágica de la madre. La «Meditación en el fondo de la Cripta» que termina el libro, es el relato de un ensueño que ha vuelto a llegar, a partir de esta desgracia, «siempre el mismo en sus grandes líneas, treinta años y más», y donde el hijo volvía a encontrar a la madre y dialogaba con ella en la cripta. Si el doble libro es, todo entero, un documento de calidad sobre la infancia y la adolescencia, la «meditación» contiene algunas páginas maestras de «psicología profunda» y que son tan emocionantes como lúcidas: «Viva, tú me hubieras impedido, para emplear el vocabulario de algunos psicoanalistas, introvertirme tanto... Madre, yo te continúo mejor que lo que tú me lo hubieras permitido. Te creen muerta a cuarenta y ocho años; tienes ahora ciento cuatro, y tú estás más viva y activa que nunca». Y su hijo de hoy — que tendría cien años menos cuatro años — ¿es qué acaso nosotros a nuestra vez no podemos retornarle esta expresión, y decir que está, entre nosotros, más vivo que nunca?

Me doy cuenta que no he hablado del estilo. Pero, ¿era necesario? Es — aunque más tenso tal vez — siempre el estilo de Han Ryner, es decir, el de uno de nuestros grandes escritores.

(Trad. V. M.)

Charles BAUDOUIN

España en la época contemporánea

Muchos «golpes de Estado y guerras civiles»,
pero ninguna Revolución Social triunfante ▶ por ABRAHAN GUILLEN

ESPANA se ha resistido, aun contando con el oro de Indias y el ancho espacio geoeconómico del Imperio hispano, a entrar en el proceso de acumulación capitalista: la Iglesia y la Nobleza, esencialmente fisiocráticas por sus dominios feudales, frenaron la industrialización y el desarrollo del comercio entre la metrópoli y las colonias, por medio de un activo intercambio de servicios y mercancías. Los nobles españoles convertían el oro americano en vajillas, artesanados de palacios o en medio de cambio para adquirir mercancías europeas (encajes de Holanda, vajillas italianas, porcelanas de Sèvres, etc.). La industria textil, metalúrgica, el artesanado judeo-morisco, que anunciaban el capitalismo al final de la Edad Media, fueron sacrificados con la expulsión de los judíos y los moriscos y las importaciones de bienes manufacturados de Europa, realizadas por una aristocracia y un clero, ávidos de lujo, que controlaban el oro de Indias.

Al no realizarse en España la revolución industrial capitalista, el país por una ironía dialéctica de la historia, a pesar del oro hispanoamericano, siguió siendo una nación pastoril devastada por el régimen ganadero de la «Mesta». En cambio, ese oro, volcado al mercado europeo, determinó la revolución de los precios y el desarrollo del capitalismo en Francia, Inglaterra, Holanda e Italia. A falta de una burguesía indígena hispana, que quedó diezmada con la expulsión de los judíos y moriscos, la nobleza y el clero mantuvieron ideas económicas inadecuadas para impulsar el desarrollo industrial: el mercantilismo español fue buillonista, es decir, que confundió el oro con la riqueza, o sea, el símbolo con la realidad simbolizada. Al contrario, el mercantilismo europeo se identificó con las ideas industrialistas (Colbert); o con la industria y el comercio desarrollados paralelamente (mercantilismo británico).

ESPAÑA: HISTORIA Y ESTRUCTURAS

Bajo el signo de un catolicismo medievalista y de la aristocracia terrateniente, España entró en el siglo XX con la monarquía semi-feudal y absolutista, como la Rusia zarista. La hegemonía de la nobleza feudal ya había sido barrida en Europa, con Cromwell, en el siglo XVII; con los jacobinos revolucionarios, en el siglo XVIII; y con los movimientos burgueses de 1848, en casi toda Europa occidental. No obstante, España permaneció igual a sí misma, sin devenir histórico, dentro de un inmovilismo petrificado en viejas estructuras, domeñadas por el militarismo, el clericalismo y el feudalismo, con brotes leves de capitalismo regional, en Vasconia y Cataluña. Las clases sociales, las ideas, los partidos y las instituciones (forma de Estado) parecían haberse congelado. En

este orden de factores, todas las ideas y los valores aparecieron como imágenes invertidas en una cámara oscura: el liberalismo se tradujo en absolutismo tradicional; la monarquía constitucional en el mismo régimen dictatorial y venal de los Austrias y de los Borbones absolutistas (cuya última expresión fue Alfonso XIII); la desamortización de los bienes de la Iglesia, comunales y propios (expropiación forzosa) no formó la burguesía española, sino que convirtió a burgueses en terratenientes; en fin, las clases sociales, sin operarse grandes cambios en las estructuras económicas, permanecieron casi más bien como castas, o como estamentos rígidos, no propicios al desarrollo acelerado del capitalismo en España.

Por una ironía del devenir dialéctico de nuestra historia, durante la época imperial, acumulamos un tesoro, pero al confundir la riqueza efectiva con oro, perdimos nuestras colonias, por falta de buques, de industrias y de volumen de comercio; las órdenes religiosas, mendicantes inicialmente, se convirtieron en instituciones ricas; la burguesía nativa en vez de salir de los estamentos gremiales, como en Europa, surgió como clase híbrida de la nobleza y de la Iglesia (los jesuitas y los aristócratas poseen, en España, el gran capital anónimo concentrado en la industria, la energía, los servicios y la banca); en fin, el capital financiero hispano, a diferencia de Europa, es un reflejo de la aristocracia de la tierra. Estos contrasentidos, esta dialéctica de la historia de España, no ha facilitado la instauración de una república democrático-burguesa o una monarquía aburguesada, como las de Escandinavia e Inglaterra.

Dentro de ese análisis dialéctico de nuestra historia, el Estado español ha permanecido sin devenir, congelado, siempre igual a sí mismo, absolutista, semifeudal, contrario a los ideales de las democracias capitalistas. De ahí que, en buena lógica, la solución de las contradicciones, que plantea la sociedad española, no se puedan realizar con el retorno al liberalismo (pues ya no es época de economía de libre competencia, ya que los monopolios imperan en España); con la instauración de un capitalismo nor-atlántico, en la forma económica, como lo intenta el franquismo (pero totalitario en la política); o con la imitación del modelo de socialismo soviético (como lo proponen los comunistas revisionistas), que no va con la idiosincrasia del temperamento español; libertarlo por naturaleza y vocación, partidario de una democracia directa de las masas populares. Si esas tres posibilidades son descartables, es evidente que los españoles, para salir del atraso económico, cultural y tecnológico, necesitan realizar una profunda revolución social que suprima las clases sociales antagónicas, las formas de propiedad, las estructuras administrativas o formas de Estado, que se opongan al desarrollo armónico del país, a la quiebra de

la unidad ibérica y a la proyección internacional de España hacia la creación de un vasto mercado con el Magreb, con África occidental y con América Latina.

Debido a que las estructuras económicas y sociales se han mantenido rigidamente en España, la solución histórica es revolucionaria, más que reformista: nuestros grandes males necesitan remedios heroicos. No podemos repetir estérilmente el círculo vicioso de las revoluciones fracasadas: República de 1873, República de 1931 y Revolución de 1936-1939, demasiado liberales, burguesas o aburguesadas, más influidas por ideologías europeas que por la realidad española, por la revolución que quieren y necesitan los españoles.

REVOLUCIONES Y GUERRAS: ¿PARA QUE...?

Desde el retorno de Fernando VII a España, luego de haber abandonado la monarquía borbónica al pueblo hispano, estamos haciendo guerras civiles, pronunciamientos militares, motines, huelgas revolucionarias y revoluciones que no cambian nada. España necesita dar un «gran salto hacia adelante», mediante la realización de una auténtica revolución española, que contemple la solución de los problemas hispanos, sin principismos abstractos, es decir, descubriendo las leyes económicas, históricas y sociológicas de la revolución en la península ibérica y en su proyección económica y estratégica con América Latina y con sus vecinos africanos, muy particularmente. Para ser prósperos, dentro de una alianza de países iguales, es necesario volver, sin imperialismo, hacia el marco geoeconómico y estratégico de Almanzor, que ha sido uno de los más grandes políticos de España.

Desde principios del siglo pasado, nos estamos desangrando en cruentas guerras civiles, sin doctrina política clara, sin programas económicos precisos, sin ideas sociales concretas.

El general Riego hizo jurar la Constitución de 1812 a Fernando VII, pero perdió luego la batalla, por no haberse declarado republicano y hacer la Revolución, lo cual permitió al monarca traer a los 100.000 hijos de San Luis, para aplastar al liberalismo español, en virtud de la política reaccionaria de la Santa Alianza. Por ser reformistas y no revolucionarios, Riego y sus amigos fueron ejecutados por la Monarquía; en 1825 lo fue el más popular de los guerrilleros... el «Empecinado»; en 1826, los Bazán; en 1830, Torrijos y Mariana Pineda; en fin, estos hombres que derrotaron a Napoleón, no fueron capaces de crear una República democrática, para consolidar el Poder revolucionario, mediante un cambio de estructuras, como hicieron las revoluciones sociales de todos los tiempos.

A la muerte de Fernando VII, se produjeron las guerras carlistas: el país se desangraba porque la corona la ciñera una hembra o un varón de la dinastía borbónica: contraria a la nacionalidad, dispendiosa en lujos, incapaz de desarrollar al país, de defender su soberanía política y su independencia económica.

Bajo la regencia de María Cristina, de 1833 a 1840, la

primera guerra carlista asoló las regiones del Norte, Navarra, Cataluña y Valencia. La reina regente, liberal por la fuerza, gobernó, sin embargo, con espíritu conservador y confesional, a lo carlista. En 1835, motines populares contra la dictadura de sacristía, influyeron en la caída del gobierno de Martínez de la Rosa, que cedió el Poder al conde de Toreno; y luego éste, al banquero Mendizábal. En todos estos cambios políticos lo único que cambiaba eran las personas; los problemas de fondo — el atraso económico, tecnológico y cultural de España — siempre estaban sin resolver, tanto por liberales como por conservadores, por carlistas o isabelinos. La guerra civil, que debía estar motivada por aspiraciones revolucionarias, se concretaba, estúpidamente, a partidarios de don Carlos de Borbón o de doña Isabel II. En ambos partidos opuestos, la política era casi la misma: militarismo, clericalismo, feudalismo y un capitalismo espúreo.

Dentro de ese ambiente de degradación política, los sargentos, más politizados que los generales, se sublevaron, en 1836, en la Granja: los suboficiales impusieron a la Reina la Constitución de Cádiz, de 1812. Otra vez, los suboficiales, como antes los Comuneros (1521) y los guerrilleros de 1812, no supieron declararse revolucionarios: procedieron en reformistas y perdieron la batalla.

Agotado el país por la guerra carlista, sin presión revolucionaria desde abajo, capaz de transformar la guerra dinástica en guerra revolucionaria, los generales de ambos bandos contendientes llegan al «abrazo de Vergara» (1839). Espartero, militar burgués progresivo, y Maroto, carlista convencional, se reparten el Poder. Como nada estaba resuelto con la paz, Espartero se pronunció contra la Reina regente: la soberana se exiló y el general se denominó duque de la Victoria, Regente de España. Nuevamente, hay crisis de forma de Estado: ni los generales ni el pueblo se declaran republicanos, para barrer los desastres, internos y externos, de la monarquía borbónica.

Espartero gobernó en dictador, entre 1840 y 1843, asistido por una camarilla de burgueses con ideas viejas y con terratenientes de mentalidad feudal. Nuevas sublevaciones se sucedieron, Espartero fusiló a los generales amotinados. Para reducir a los catalanes, bombardeó Barcelona. Hacia 1843, el gobierno del Regente (sin rey) se encontraba desprestigiado. Concha y Narváez, generales conservadores, volvieron del exilio: bombardearon Sevilla. Como Espartero carecía de pueblo, al fallarle el ejército, se embarcó para Londres. Así terminó un primer capítulo de la historia pretoriana de España, que culminó, en 1936, con el levantamiento de Franco y sus generales contra la República de 1931.

Derrocado Espartero, fue proclamada reina Isabel II, durante cuyo reinado intrigaron a sus anchas los moderados contra los progresistas. González Bravo y luego Narváez ejercieron el poder real. En 1843, se creó la Guardia Civil, para defender a los propietarios enfeudados (con la adquisición de los bienes desamortizados) contra los campesinos, hambreados y desposeídos de las tierras comunales y de propios. En 1845, se promulgó una Constitución de trocha angosta: favorable, en todo, al gobierno conser-

vador. En España, el liberalismo siempre fue de forma, antipopular, aristocrático y con charreteras.

Como nada sustancial estaba resuelto para España, con Espartero o Narváez, en 1847 volvieron a proliferar las «guerrillas carlistas». En España estaban dados todos los fermentos populares para una revolución de verdad; pero por falta de dirigentes siempre las revoluciones eran de mentira: todo quedaba lo mismo al cabo de unos años, teniendo que comenzar de nuevo a correr la pólvora, para cambiar un primer ministro o un rey. Pero España no necesitaba, en el siglo XIX como en el siglo XX, un cambio de personas, sino de régimen; no de gobierno, sino de sistema; no de forma, sino de fondo; no de gobierno, sino de forma nueva, de estructura social y económica.

Durante el reinado de Isabel II, el país hacia el ridículo internacionalmente: las cancillerías extranjeras le escogieron el marido a la reina, para no alterar la balanza de poder estratégico entre Francia, Inglaterra, Alemania y Austria. Así las cosas, la reina aceptó un marido insignificante, a la medida del imperialismo, el clericalismo y el feudalismo indígena. Mientras los extranjeros gobernaban en España, el financiero Salamanca y el ministro Sartorio se repartían la hacienda pública, como negocio privado. Narváez, general con mentalidad de reaccionario, tuvo que dejar el Poder en 1851, pero ya los bienes de propios y comunales habían sido repartidos entre una nueva burguesía, que en vez de hacerse comercial e industrial, se convertía en terrateniente: haciendo así correr las ruedas de la historia hacia atrás. Tal es uno de los contrastes dialécticos más importantes de la historia contemporánea de España.

Descontento todo el mundo, por arriba y por abajo, porque en España nunca se ha hecho ni siquiera una revolución burguesa de verdad, en 1854, generales y políticos complotados, produjeron la «vicalvarada», es decir, la sublevación de la guarnición de Vicalvaro, población de las inmediaciones de Madrid. Triunfante este pronunciamiento, trajo una nueva estrella militar: el general O'Donnell e hizo reaparecer a Espartero. Así comenzó, en el siglo pasado, un periodo agitado de la historia hispana. El diuvinrato, integrado por estos dos generales, tuvo corta duración: el pueblo se amotinó en Andalucía, donde el campesino carece de tierras y es hambreado por todos los gobiernos, y no le llegan los beneficios de tantas y tan inoperantes revoluciones, motines y pronunciamientos. ¿Pero cuándo se hará una revolución de verdad en España?

Desde 1854 a 1868, Narváez y sus conservadores y O'Donnell y sus progresistas, alternaron en el Poder. La «Unión Liberal» de O'Donnell no se mostró idónea para desarrollar el capitalismo industrial en España: como liberal, gobernó en conservadora, respetando todos los privilegios terratenientes, siendo incapaz de crear una industria pesada, que diera al país posibilidades estratégicas para mantener los restos de su Imperio. Los generales, como siempre, confundían la táctica con la estrategia, que debe ser desmilitarizada y convertirse en política económica, en alta tecnología: pues todo poder estratégico es el reflejo del poderío económico de una nación, o de una civilización.

La insatisfacción popular, ante la anodina política de conservadores y liberales, con exponentes militares como Narváez y O'Donnell, creó nuevas corrientes políticas. Así

nacieron los partidos republicanos de Castelar, Salmerón y Pi y Margall: impregnados de intelectualismo pequeño-burgués a la europea, no entroncados esencialmente en la realidad española, puro mimetismo de la política de la izquierda de la burguesía europea, sin vinculación al campesinado desposeído de la tierra y al naciente proletariado industrial.

En un periodo de desconcierto político, Narváez y O'Donnell, dos pretorianos en la política, murieron en 1868: con ellos terminó una etapa específicamente castrense de la política. La reina Isabel II (cuyo marido era un pusilánime, elegido como príncipe consorte por las potencias europeas) llevaba una vida privada a la manera de la decadencia romana, de todas las decadencias.

El diuvinrato O'Donnell-Narváez fue suplantado por los generales Serrano y Prim. Estos militares fueron más democráticos: hicieron votar una Constitución de formas demo-burguesas. Entre 1868 y 1875, Prim y Serrano eran las columnas maestras del Poder, pero no se atrevieron a declararse republicanos, aunque habían depuesto a la reina Isabel. Prim, general de corte liberal-burgués, en cuatro años de conspiraciones contra la reina, intentó siete pronunciamientos.

Depuesta la reina, los generales demo-burgueses, que necesitaban un rey para brillar en los salones de palacio, fueron a Italia para buscar un monarca liberal, encontrándolo en la persona del príncipe Amadeo de Saboya; pero el día en que el nuevo Rey llegaba a España, el general Prim era asesinado (30 de diciembre de 1870). Sin una espada que defendiera el trono, con descontento popular y agitaciones obreras de los sindicatos, balanceando una política precaria entre Sagasta y Ruiz Zorrilla, Amadeo renunció a la corona de España, dejando abierto un capítulo favorable a una revolución social, que superara a los generales, a los aristócratas y al clero; pero no se hizo porque Castelar, Salmerón y Pi y Margall eran ideológicamente burgueses, incapaces de superar revolucionariamente la vieja España aristocrática.

LA REPUBLICA DE 1873

La República fue proclamada en febrero de 1873: todo estaba maduro para hacer una revolución como la de 1789-93 en Francia; pero Pi y Margall, Castelar y Salmerón no eran ni Marat, ni Danton ni Robespierre. Como dijo Marx aludiendo a Hegel, las figuras históricas suelen repetirse dos veces: una como héroes; otra, como cómicos. Pi y Margall, Castelar y Salmerón, dejando hacer a un federalismo abstracto, contrario a las leyes de acumulación del capital y al desarrollo económico, dio lugar a la formación de «cantones» y «comunidades» independientes, que no reconocían ni la existencia de la nacionalidad: se volvía así, por la izquierda, hacia el feudalismo atomizante de la edad media, o a los «reinos de taifas», que destruyeron el Califato de Occidente.

Pi y Margall, imbuido de un anarquismo filosófico, se retiró del Poder antes que ejercer la violencia: era un profesor, un moralista, un intelectual, más que un político, Salmerón, filósofo a lo Krause, también se alejó del Poder, antes que emplear la pena de muerte, dejando así abierto el camino al general Pavía, que disolvió la República a sablazos. Castelar, que siguió a Salmerón, procuró una República unitaria y autoritaria, facilitando así el terreno a los militares: el 3 de febrero de 1874,

el general Pavía entró con su caballo en las Cortes, mientras los diputados pequeño-burgueses salían azorados de sus escaños, sin llamar al pueblo a las barricadas.

LA RESTAURACION

Sacrificada la República de 1873, por los errores de conducción política de sus dirigentes, por el caos, por la dispersión micro-celular de los «cantones» y «comunidades», lo cual quitaba coherencia económica y estratégica a la revolución republicana, los pretorianos volvieron, otra vez, a tener el monopolio del Poder en España. La Monarquía fue restaurada en la persona de Alfonso XII, hijo de Isabel II, que fuera depuesta por los generales Serrano y Prim.

Durante la monarquía de Alfonso XII, alternaron en el Gobierno los partidos liberal y conservador, en las personas de Sagasta y Cánovas del Castillo: dos políticos con lenguaje diferente, pero con la misma visión inoperante de la política, incapaces de realizar la industrialización, de modificar el cuadro semifeudal de la propiedad agraria.

La guerra carlista — que fue el azote del siglo XIX para España, que la distrajo de su desarrollo capitalista, cuando podía hacerlo — se terminó en el período de 1875 a 1885: una década de violencias, de tumultos y motines, para nada. Al terminar las guerras civiles, España se aburguesó, en cuanto a la forma política, pues fue promulgada una Constitución de corte demo-burgués, que aseguraba las canongías del Poder a los «caciques» locales y a los dos partidos de turno, teniendo como contrapunto una oposición carlista y republicana de poco valor político, de simple hojarasca de palabras en las sesiones de Cortes.

El rey Alfonso XII, agotado por placeres afrodisiacos, murió en 1885. La reina María Cristina, que esperaba un hijo, tomó la Regencia. De 1885 a 1902, la política interior discurrió, en los sillones muelles de las Cortes o de los Ministerios, como negocio privado de familias privilegiadas, cuyo director gerente fue Sagasta: un intelectual de la política a la moda europea, pero sin conocimiento de la realidad española.

LIQUIDACION DEL IMPERIO

Carente de industria pesada, de industria de guerra a tenor con la posición imperial de España, sin armamentos modernos, sin flotas de guerra tecnificadas, que debían haber construido una industria nacionalizada, el país no estaba preparado para enfrentar el imperialismo norteamericano en Cuba y Filipinas.

Estados Unidos pagaba a peso de oro el azúcar cubano y de Filipinas, lo cual constituía una hemorragia aérea para el dólar. Gracias a esos ingresos de divisas, España tenía a finales del siglo pasado más renta bruta por habitante que en la España franquista. Estados Unidos consideró que era más práctico echar a los Españoles de Cuba y Filipinas, quedándose luego con el azúcar por medio de inversiones directas, que seguir pagando a peso de oro tales importaciones. Hoy, para afrenta de España, los Estados Unidos colonizan a nuestro país, con su presencia aeronaval y coheteril en los «gibraltarés» que Franco ha arrendado a los generales del Pentágono, ahora dentro de casa, con armas y bagajes.

Desamparada España, con armamentos anticuados y barcos para la chatarra, fue derrotada por la escuadra yanqui, en Cavite. Por el tratado de París, España, de rodillas ante el Tío Sam., firmó, en 1898, el acta de capitulación del Imperio hispano, bajo el signo de los liberales y conservadores, políticos de guante blanco, de salón, de cabildeos de comité.

EL «CACICATO» EN LA POLITICA

A falta de divisas y de los productos, que venían del Imperio, España cayó en el marasmo económico. El proletariado y la burguesía de las regiones industriales — Vasconia y Cataluña — crearon tensiones políticas. La burguesía se hizo regionalista; los obreros, anarquistas. El liberalismo enfrentó esa situación sin resolver nada, dando largas a la crisis, que se iba acumulando paulatinamente, sin reforma agraria y sin industria pesada.

Bajo la monarquía de Alfonso XIII, desde 1902 a 1917, alternaron en el Gobierno, el conservador Antonio Maura y el liberal Moret, tan anodinos como Sagasta y Cánovas del Castillo. Creían tan poco en España que, alguno de ellos, dijo irónicamente: «se es español, cuando no se puede ser otra cosa...» Frente a la crisis histórica, crisis de subdesarrollo, estos políticos mediocres se refugiaban en la ironía decadente.

El anarquismo catalán y el intelectualismo regionalista, (un tanto afrancesados) presionaron sobre Madrid. En 1909, ante el embarque de tropas españolas con destino a la intervención en Marruecos, los anarquistas y los autonomistas de izquierda se insurreccionaron: hicieron estallar la «semana trágica», que se terminó con la ejecución de Ferrer, apóstol de la escuela moderna, un anarquista intelectual. Madrid, para acallar el catalanismo, intentó dar a Cataluña un estatuto especial, una especie de fuero. La tensión fue en aumento, tanto que el primer ministro Canalejas murió en un atentado, realizado por un anarquista. La quiebra de la unidad nacional reflejaba no a un problema político o psicológico sino, antes que nada, el desarrollo desigual de región a región dentro de España, cosa que no podría corregirse, ni ahora ni ayer, con un capitalismo de libre empresa, con latifundios y monopolios, con baja cultura, con Universidades estancadas en el espíritu tomista de la Edad Media, bajo el control del «Opus Dei».

Entre 1910 y 1913, merodearon los políticos oportunistas: Romanones, García Prieto, Maura, Dato. Al estallar la guerra, unos eran germanófilos y otros aliadófilos; pero todos ellos coincidieron en una cosa: comerciar con el mejor postor, para amontonar millones de pesetas. Romanones hizo una gran fortuna, con la guerra europea. El autonomista catalán Cambó, ministro de Hacienda, se hizo el exponente de los capitales alemanes; cambió el regionalismo por el capitalismo internacional. Los políticos españoles, de las primeras décadas del siglo XX, hicieron de la política un negocio privado, para hacerse millonarios; se comprometieron, como «socios menores» de Francia, en Marruecos para respaldar, en África, al imperialismo francés, en vez de ir a esas tierras con manos fraternas, con ayuda económica y tecnológica, recordando nuestra amistad y unidad durante el Califato de Occidente; no impulsaron la industrialización, con el dinero ganado en la neutralidad bélica; en fin, al pasar el momento de altos precios y salarios durante la guerra, las

huelgas obreras estallaron violentamente. En 1916, se declaró una huelga general revolucionaria, que tuvo sus epicentros en Cataluña, Asturias, Bilbao y otras regiones. Esta huelga pudo dar una revolución socialista triunfante, pero los socialistas, a lo Indalecio Prieto, se comportaban siempre como la izquierda de la burguesía.

LA DICTADURA DE 1923

La guerra de Africa, un juego bélico para ascender generales, o para fabricarlos aceleradamente como Franco; la Dictadura del general Primo de Rivera, un intermedio cómico a lo fascista; la República del 14 de abril de 1931 un episodio que repite la República de 1873, con sus mismos errores y horrores. La Revolución de 1936-39, pudo ganarse y ser una auténtica revolución social ibérica. La dictadura franquista es un nazi-fascismo a contrapelo de la historia y de las tendencias políticas e históricas de postguerra. Estos momentos históricos de España, que van de frustración en frustración, indican que el país, una vez por todas debe apoyarse en un movimiento revolucionario, que realice la Revolución Social en España, que está por hacerse, desde que el general Riego se conformó en 1812 con una Constitución y no hizo la Revolución, contra una monarquía decrepita: feudal, capi-

tuladora ante el bonapartismo, instrumento del militarismo, del clericalismo y de la oligarquía indígena.

MUCHAS REVOLUCIONES Y NINGUNA

Nuestro pueblo clama por una revolución: en 1856, 1861, 1873, 1876 y 1892 los campesinos se han levantado requiriendo tierras u ocupándolas por la fuerza, pero nunca han triunfado por falta de decisión y de apoyo del proletariado urbano. En 1917-19, 1934 y 1936-39, el proletariado urbano ha estado en condiciones de hacer la revolución social; pero, por no apoyarse en una auténtica alianza obrera y campesina, sin pluripartidismos, ha sido derrotado. Las rebeliones urbanas, sindicalistas no politizadas, no coordinadas nacionalmente, han producido represiones cruentas y derrotas amargas para el proletariado español: en 1827, 1835, 1840-42, 1871-73, 1909, 1921 y 1930-39. Los «atentados», los «sabotajes», los «golpes» aislados anarco-sindicalistas, las rebeliones agrarias aisladas, no dan el triunfo al pueblo: cuando el franquismo emplea la disciplina de un ejército para aplastar al pueblo éste tiene que disciplinarse, a su vez, y recurrir a la estrategia fluida de la guerrilla revolucionaria, como han hecho los países afro-asiáticos.

(Continuará.)



EL REY Y EL SANTO

El siervo dijo al rey: «Mi señor, Narottam, el santo, jamás se digna visitar tu templo. En cambio, si salieras al camino lo verías colmado de gente, cual enjambre de abejas en torno del blanco loto, deseosa de escuchar las alabanzas que a Dios entona. ¡Por eso, mi rey, tu templo se encuentra vacío y sin servidores el áureo recipiente de la miel!»

Mortificado y herido en su corazón, el rey salió al camino, donde Narottam oraba sentado en la yerba, y le dijo: «Padre, ¿por qué te sientas en el polvo del camino y no acudes a mi templo para predicar el amor a Dios bajo su cúpula de oro?»

Narottam dijo: «Dios no está en tu templo.»

Ceñudo, el rey replicó: «¿Acaso ignoras que en su construcción gasté veinte millones y que su consagración se realizó con las más magníficas ceremonias?»

«Lo sé» replicó Narottam. «Recuerdo que fue aquél año trágico en que el fuego destruyó tu ciudad y millares de desamparados acudieron a tu palacio en demanda de ayuda. Y, como nada recibiendo levantar la casa de sus hermanos pretende erigir la mía.» «Por eso Dios se marchó con los desamparados y prefirió el techo que le brindan las copas de los árboles. De manera que esa pompa que tu mencionas no tiene más que el vaho cálido de tu orgullo», concluyó Narottam.

El rey se indignó, gritándole: «Márchate de mi reino.»

Pero, el santo, sereno, le repuso:

«Lo sé... Me arrojas a donde desterraste a mi Dios.»

Rabindranath TAGORE

El pensamiento vivo de Elías Reclus

Lentamente, paso a paso, la humanidad gravita hacia la razón.

La serie de las supersticiones no es otra cosa que la investigación de la verdad a través de la ignorancia.

Nosotros no sobrevivimos más que por lo que queda de nuestra acción, inconsciente con frecuencia, ejercida con el fin de la conservación propia y la transformación del medio.

Ved los historiadores grandes y concienzudos — Michelet, por ejemplo — cuando hablan de un pueblo, insisten menos sobre sus bajas obras que sobre sus grandes hechos; lo juzgan sobre sus nobles aspiraciones y no sobre los actos enojosos de la vida cotidiana.

La inteligencia infantil no es en todos los casos inferior a la razón del adulto. ¡Con cuánta frecuencia los padres admiran la ingenuidad de los primeros años de sus hijos, sus ideas originales, sus cuestiones, cuya profundidad desconcierta, ese frescor de sensación, ese encanto sonriente e imprevisto!

¡Desgracia para el que no comprende la juventud, para el que no se extasia con las auroras intelectuales!

No vacilamos en afirmar que en numerosas tribus, llamadas salvajes, el término medio del individuo no es inferior, ni moral ni intelectualmente, al individuo medio de nuestros Estados llamados civilizados.

Nunca el instinto, por sagaz e

ingenioso que sea, alcanzará la comprensión vasta y luminosa de las cosas que la razón elabora, segura y silenciosamente.

En la Groenlandia danesa, se ha visto a muchos hijos renunciar a una posesión para volver al lado de sus padres a procurarles una vejez exenta de peligros y privaciones; el afecto de la familia es una virtud esquimal.

Entre los ionitas, padres y madres rivalizan en cuidados a su proge-nitura, jamás les pegan, raramente les reprimen; los pequeños se muestran agradecidos, ni gimen ni gritan, creciendo así sin atravesar edad ingrata, sin ser impertinentes o contradictores desagradables. En ellos, la ingratitud, es un sentimiento desconocido.

Debe relegarse al valor de un cuento de hadas, la teoría de un hombre saliendo de en medio del mundo, de un Robinson abordando a su isla desierta. Nuestros remotos antecesores debutaron por la vida colectiva.

Contrariamente a la idea de que el individuo es padre de la sociedad, nosotros suponemos que la sociedad ha sido la madre del individuo.

Los ionistas, viviendo en llanuras de nieve, yendo en compañía a la mayor parte de los trabajos del mar, el grande, el vasto y movable mar, que nadie puede dividir en lotes ni cortar en parcelas, el reparto igualitario que hacen de sus productos constituye un seguro mutuo, sin el cual perecerían.

El fondo del carácter esquimal es tan comunista, que cuando llega a poseer alguna cosa, es para él cuestión de honor darlo todo, distribuirlo todo, diciendo que se siente más feliz distribuyendo que recibiendo.

Nadie mandaba a los aleutas, nadie obedecía. No tenían necesidad, como nosotros, de una autoridad ante la cual sea necesario temblar, ni armaban a su justicia con una espada.

La civilización moderna, irresistible cuando ataca y desorganiza a las sociedades primitivas, demuestra una singular falta de destreza cuando pretende mejorarlas.

Los siglos se sobreviven, se penetran los unos a los otros. La pequeña gota de rocío, la más pequeña, refleja todo un paisaje.

Para el moralista no existen seres demasiado viles, pues el más miserable de los hombres es aún nuestro hermano.

Estiman los naturalistas a lo infinitamente pequeño igual que a lo infinitamente grande; los infusorios atraen tanto sus pensamientos como los torbellinos de las constelaciones.

El hombre, de corta duración, puede sin embargo, asistir a la larga procesión de las edades, hacerse contemporáneo de los tiempos pasados y de los periodos futuros; no hay más que saber ver y mirar a su alrededor, no hay más que saber comprender.

El Socialismo y el Estado

por RUDOLF ROCKER

CUANDO después apareció la Asociación Internacional de los Trabajadores, fue el espíritu federalista de los socialistas de los países llamados latinos el que dio su significación propia a la gran organización, haciéndola una de las mejores del moderno movimiento obrero socialista de Europa. La Internacional misma era una asociación de organizaciones sindicales de lucha y de grupos ideológicos socialistas. De sus filas salieron los grandes pensamientos creadores de un renacimiento social sobre la base del socialismo, cuyas aspiraciones libertarias se hicieron resaltar siempre, con claridad, en cada uno de sus congresos, y fueron tan meritorias en el desarrollo espiritual de la gran asociación. Fueron casi exclusivamente los socialistas de los países latinos los que han estimulado y fecundado este desenvolvimiento de ideas. Mientras que los socialdemócratas de aquel período veían en el llamado «Estado popular» su ideal político del futuro y reproducían de ese modo las tradiciones burguesas del jacobinismo los socialistas revolucionarios de los países latinos habían reconocido muy bien que en un nuevo orden económico en el sentido del socialismo también requiere una nueva forma de organización política para desarrollarse libremente. Pero asimismo comprendieron que esa forma de organización social no podía tener nada de común con el actual sistema estatal sino que había de significar su disolución histórica. Así surgió en el seno de la Internacional el pensamiento de una administración completa de la producción social y del consumo general por los productores mismos, en la forma de libres grupos económicos ligados sobre la base federativa, a quienes simultáneamente habría de corresponder la administración política de las comunas. De esa manera se pensaba suplantarse la casta de los actuales políticos profesionales y de partido por técnicos sin privilegio y sustituir la política del poder de Estado por el pacífico orden económico, que hallaba su fundamento en la igualdad de los derechos y en la solidaridad mutua de los hombres coaligados en la libertad.

Por la misma época había definido agudamente Miguel Bakunin el principio del federalismo político en su conocido discurso del Congreso de la Liga para la paz y la libertad (1867) y había destacado su importancia en las relaciones pacíficas de los pueblos:

Todo Estado centralista, dijo Bakunin, por liberal que se quiera presentar o no importa la forma

republicana que lleve, es necesariamente un opresor, un explotador de las masas laboriosas del pueblo en beneficio de las clases privilegiadas. Necesita un ejército para contener a esas masas en ciertos límites, y la existencia de ese poder armado le lleva a la guerra. Por eso concluyo que la paz internacional es imposible mientras no se haya aceptado el siguiente principio con todas sus consecuencias: Toda nación, débil o fuerte, pequeña o grande, toda provincia, toda comunidad tienen derecho absoluto de ser libres, autónomas, de vivir y administrarse según sus intereses y necesidades particulares y en ese derecho todas las comunidades, todas las naciones son solidarias en tal grado que no se puede lesionar a una sin poner simultáneamente en peligro a todas las demás.

La insurrección de la Comuna de París dio a las ideas de la autonomía local y del federalismo un impulso poderoso en las filas de la Internacional. Mientras París se emancipó de sus atributos centrales sobre todas las otras comunas de Francia, la Comuna se convirtió para los socialistas de los países latinos en el punto de partida de un nuevo movimiento que opuso la Federación comunal al principio central unitario del Estado. La Comuna se convirtió para ellos en la unidad política del futuro, en la base de una nueva cultura social, que se desarrolla orgánicamente de abajo arriba y no es impuesta automáticamente a los seres humanos de arriba abajo por un poder centralista. Así apareció, como modalidad social del futuro, una nueva noción de la organización social. Esta debía garantizar el más vasto espacio de juego al impulso propio de las personas y de los grupos, viviendo y actuando simultáneamente en cada miembro de la asociación el espíritu de la comunidad y el interés solidario por el bienestar de todos. Se reconoce claramente que los portavoces de esa idea habían tenido presentes las palabras de Proudhon:

La personalidad es para mí el criterio del orden social. Cuanto más libre, más independiente, más emprendedora es la personalidad en la sociedad, tanto mejor para la sociedad.

Mientras que la tendencia autoritaria de la Internacional continuaba sosteniendo la necesidad del Estado y afianzando el centralismo, para las Secciones libertarias no era el federalismo solo un ideal político del futuro, le servía también como base en sus propias aspiraciones orgánicas; según su concepto, la Internacional — en tanto que posible en las condiciones existentes — debía dar al mundo ya una visión de una sociedad libre. Fue

precisamente esa manera de pensar la que condujo a aquellas disputas internas entre centralistas y federalistas, a consecuencia de las cuales había de sucumbir la Internacional.

El intento del Consejo general de Londres, que estaba bajo la influencia directa de Marx y Engels, de aumentar sus atribuciones y de poner la asociación internacional del proletariado al servicio de la política parlamentaria de determinados partidos, debía chocar con la resistencia más firme de las federaciones y secciones de tendencia libertaria, que continuaban fieles a los viejos postulados de la Internacional. Así se operó la gran escisión en el movimiento obrero socialista, que hasta hoy no pudo ser superada, pues en esa disputa se trataba de contradicciones internas de importancia fundamental cuyo término no sólo debía tener consecuencias decisivas para el desenvolvimiento ulterior del movimiento obrero, sino para la idea misma del socialismo. La desdichada guerra de 1870-71 y la reacción que se inició en los países latinos después de la caída de la Comuna de París y de los acontecimientos revolucionarios de España y de Italia, reacción que malogró por medio de leyes de excepción y de brutales persecuciones toda actividad política y que obligó a la Internacional a buscar refugio en las vinculaciones clandestinas, han favorecido la novísima evolución del movimiento obrero europeo.

El 20 de julio de 1870 escribió Karl Marx a F. Friedrich Engels las palabras que siguen, tan características para su persona y tendencia espiritual:

Los franceses necesitan palos. Si vencen los prusianos, la centralización del **State power** (poder del Estado) resulta beneficiosa para la centralización de la clase obrera alemana. La supremacía alemana trasladará el centro de gravedad del movimiento obrero de la Europa occidental, de Francia, a Alemania; y sólo hay que comparar el movimiento desde 1866 hasta hoy en ambos países para ver que la clase obrera alemana es teórica y orgánicamente superior a la francesa. Su supremacía en el escenario mundial sobre la francesa sería simultáneamente la supremacía de nuestra teoría sobre la de Proudhon, etc.

Marx tenía razón. La victoria de Alemania sobre Francia significaba en realidad un cambio en la historia del movimiento obrero europeo. El socialismo libertario de la Internacional fue relegado a causa de la nueva situación creada y hubo de ceder el puesto a las concepciones antilibertarias del marxismo. La capacidad viviente, creadora, ilimitada de las aspiraciones socialistas fue sustituida por un doctrinismo unilateral que se dio presuntuosamente el aire de nueva ciencia, pero que en realidad sólo se apoyaba en un fatalismo histórico que conducía a los peores sofismas, lo que había de sofocar poco a poco todo pensamiento verdaderamente socialista. Marx había escrito en su juventud estas palabras: «Los filósofos han interpretado diversamente el mundo.»

Con las ideas se modificaron también los métodos del movimiento obrero. En lugar de los grupos

de ideas socialistas y de las organizaciones económicas de lucha en el viejo sentido, en donde los hombres de la Internacional habían visto las células de la sociedad futura y los órganos naturales de la nueva sociedad y de la administración de la producción, aparecieron los actuales partidos obreros y la actuación parlamentaria de las masas laboriosas. La vieja teoría socialista que hablaba de la conquista de las fábricas y de la tierra, fue cada vez más olvidada; en su lugar se habló sólo de la conquista del poder político y se entró así completamente en el cauce de la sociedad capitalista.

Mientras los partidos obreros de reciente creación consagraban toda su actividad poco a poco a la acción parlamentaria de los trabajadores y a la conquista del poder político como supuesta condición previa para la realización del socialismo, dieron vida, en el curso del tiempo, a una nueva ideología que se diferenciaba esencialmente de las corrientes de pensamiento de la primera internacional. El parlamentarismo que, en ese nuevo movimiento, desempeñó un papel dominante, sedujo a una cantidad de elementos burgueses y de intelectuales sedientos de carrera hacia los partidos socialistas, con lo cual fue más favorecido aún el cambio espiritual. Así apareció, en lugar del socialismo de la vieja internacional, una especie de sucedáneo que sólo tenía de común el nombre con aquél. De esa manera perdió el socialismo cada vez más el carácter de un nuevo ideal de cultura, para el cual las fronteras artificiales de los Estados no tenían valor alguno. En la cabeza de los jefes de esa nueva tendencia se confundieron las exigencias del Estado nacional con las necesidades espirituales de su partido, hasta que, poco a poco, no fueron ya capaces de percibir una línea divisoria entre ellas y se habituaron a considerar el mundo y las cosas a través de las anteojeras del Estado nacional. Por eso era inevitable que los modernos partidos obreros se integraran poco a poco en el aparato del Estado nacional, contribuyendo en gran parte a devolver al Estado el equilibrio interno que había perdido ya.

Sería falso querer apreciar esa rara actitud ideológica simplemente como mera traición consciente, según se ha hecho a menudo. En verdad se trata aquí de una fusión lenta en el mundo de ideas del Estado burgués, condicionada por la actuación práctica de los partidos obreros, actuación que tenía que pesar necesariamente en la conducta espiritual de sus portavoces. Los mismos partidos que salieron un día a conquistar el poder político bajo la bandera del socialismo, se vieron cada vez más constreñidos por la lógica férrea de las circunstancias a entregar trozo a trozo su antiguo socialismo a la política burguesa. La parte más inteligente de sus adeptos reconoció el peligro y se agotó en una oposición infecunda contra los alineamientos tácticos del partido, oposición que tenía que resultar infructuosa por el hecho que se dirigía sólo contra determinadas excrecencias del sistema político del partido, pero no contra éste mismo. Así los partidos obreros socialistas — antes aún de que esto lle-

gase a la conciencia de la gran mayoría de sus partidarios — se convirtieron en paragolpes de la lucha entre el capital y el trabajo, en pararrayos políticos para la seguridad del orden social capitalista.

La posición de la mayoría de esos partidos durante la guerra de 1914-18, y especialmente después de la guerra, dice bastante para probar que nuestro juicio no es exagerado y que corresponde completamente a los hechos. En Alemania ese desarrollo ha tenido un curso trágico, cuyo alcance todavía no se puede saber. El movimiento socialista de ese país se había estancado espiritualmente por completo en los largos años de rutina parlamentaria y no era capaz de ninguna acción creadora. Esta es la razón por la cual la revolución alemana fue tan atterradoramente pobre en ideas. La vieja frase: «El que come con el Papa se muere», se había verificado también en el movimiento socialista. Había comido tanto el Estado que su fuerza vital quedó agotada y no pudo volver a realizar cosa alguna de importancia.

El socialismo sólo podía afirmar su papel como ideal cultural del futuro, dedicando toda su actividad a suprimir, junto con el monopolio de la propiedad, también toda forma de dominación del hombre por el hombre. No era la conquista, sino la supresión del poder en la vida social lo que había de constituir su gran objetivo. Objetivo que no debía abandonar nunca, si no quería suprimirse a sí mismo. El que cree poder suplantar la libertad de la personalidad por la igualdad de las necesidades, no ha comprendido en modo alguno la esencia del socialismo. La igualdad de las condiciones económicas es sólo una condición necesaria previa de la libertad del hombre, pero no un sucedáneo de ésta. El que peca contra la libertad, peca contra el espíritu del socialismo. Socialismo equivale a cooperación solidaria de los seres humanos sobre la base de una finalidad común y de los mismos derechos para todos.

Toda verdadera actividad socialista tiene, por tanto, que estar inspirada, en lo más pequeño como en lo más grande, por el objetivo de contrarrestar el monopolio en todos los dominios, y especialmente en la economía, y de ensanchar y asegurar con todas las fuerzas a su disposición la suma personal en los cuadros de la asociación social. Toda actuación práctica que lleve a otros resultados es errónea e intolerable para los verdaderos socialistas. En ese sentido hay que juzgar también la hueca fraseología sobre la «dictadura del proletariado» como etapa de transición del capitalismo al socialismo. Esas «transiciones» no las conoce la historia. Hay simplemente formas más primitivas y formas más complicadas en las diversas fases del desenvolvimiento social. Todo nuevo orden social es naturalmente imperfecto en sus formas originarias de expresión; pero, no obstante, todas las posibilidades ulteriores de desarrollo deben existir en sus nuevas instituciones, como en embrión ya la criatura entera. Todo ensayo de integrar en un nuevo orden de cosas elementos esenciales del viejo sistema, superado en sí mismo, ha

conducido siempre a los mismos resultados negativos o bien fueron frustrados tales ensayos por el vigor juvenil de la nueva creación, o bien los delicados gérmenes y los rudimentos de lo nuevo fueron reprimidos tan fuertemente y tan obstaculizados en su desenvolvimiento natural por las formas tomadas por lo pasado que, poco a poco, quedaron sofocados y hubieron de languidecer en su capacidad vital.

Cuando Lenin — lo mismo que Mussolini — se atrevió a proclamar que «la libertad es un prejuicio burgués», no demostró sino que su espíritu no supo elevarse hasta el socialismo, y ha quedado estancado en el viejo círculo del jacobinismo. Es un absurdo hablar de un socialismo libertario y de un socialismo autoritario. ¡El socialismo será libre o no será socialismo!

Las dos grandes corrientes políticas de ideas del liberalismo y de la democracia tuvieron una fuerte influencia en el desarrollo interno del movimiento socialista. La democracia, con sus principios estatistas y su aspiración a someter al individuo a los mandamientos de una imaginaria «voluntad general», tenía que pesar en un movimiento como el socialismo tanto más funestamente cuanto que infundió a éste el pensamiento de entregar al Estado, además de los dominios en que hoy impera, también el dominio inmenso de la economía, atribuyéndole así un poder que nunca había tenido antes. Hoy se advierte cada vez con más claridad — las experiencias en Rusia lo han confirmado — que esas aspiraciones no pueden culminar nunca y en ninguna parte en el socialismo sino que llevan ineludiblemente a su grotesca caricatura: el capitalismo de Estado.

Por otra parte, el socialismo fecundado por el liberalismo llevó lógicamente a las directivas ideológicas de Godwin, Proudhon, Bakunin y sus sucesores. El pensamiento de restringir a un mínimo el campo de acción del Estado implicaba ya otro pensamiento todavía más amplio: el de superar el Estado totalmente y extirpar de la sociedad humana la «voluntad de poder». Si el socialismo democrático ha contribuido muchísimo a reafirmar la creencia vacilante en el Estado y tenía que llegar, en su desenvolvimiento, teóricamente, al capitalismo de Estado, el socialismo inspirado por el mundo liberal condujo en línea recta a la idea del anarquismo, es decir, a la representación de un Estado social en que el hombre no esté sometido a la tutela de un poder superior y que regule las relaciones entre él y sus semejantes por el acuerdo mutuo.

El liberalismo no podía alcanzar esa fase de un determinado desarrollo de ideas porque había tenido muy poco en cuenta el aspecto económico del problema, como se ha dicho ya en parte de esta obra. Solamente sobre la base del trabajo cooperativo y de la comunidad de todas las exigencias sociales es posible la verdadera libertad; pues no hay libertad del individuo sin justicia para todos. También la libertad personal arraiga en la conciencia social del ser humano y recibe así su verdadero sentido. La idea del anarquismo es la síntesis del

LOS SINDICATOS

LOS sindicatos son para la clase obrera lo que los municipios fueron para la burguesía. Sirven de abrigo a los productores no solamente para la defensa de sus intereses, sino sobre todo para la elaboración del derecho nuevo que ellos impondrán al mundo.

¿Qué quiere decir un derecho nuevo? Es el derecho del trabajo a organizarse libremente. Si, en la sociedad moderna, la libertad es sierva, es porque el trabajo es esclavo. El acto de la producción, que es la más alta manifestación de la persona humana, puesto que afirma su poder creador, es desviado de su destino natural, que es la liberación del individuo, para servir de armadura a todas las servidumbres y a todos los parasitismos. Y sólo en la medida en que el trabajo se emancipe, la libertad se extenderá en el cuerpo social.

Este principio nuevo del trabajo libre en la sociedad libre, ¿dónde toma cuerpo, si no es en la agrupación sindical? Yo no creo en la eficacia de la predicación abstracta de las concepciones socialistas y no puedo concebir que las ideas se extiendan en el medio obrero si no son la creación de ese medio mismo. Un partido político puede perfectamente tratar de vulgarizar tales o cuales nociones que adopte, pero esas nociones sólo tienen alcance si son un producto de la vida concreta de las masas. En verdad, el ideal de la liberación del productor por la organización de la producción no habría podido llegar a ser como la quintaesencia del socialismo obrero si no resultara de la práctica revolucionaria de las organizaciones proletarias.

Es esta puesta en marcha de una práctica revolucionaria lo que caracteriza a las instituciones obreras, por oposición a las instituciones capitalistas. Ellas constituyen una organización positiva de la libertad y una negación de la autoridad en el taller, en el Estado, en la sociedad.

En el taller, los sindicatos tienden a reducir cada vez más el poder patronal, y a organizar ellos mismos el trabajo. Todo el movimiento sindical no tiene otro fin que el de substituir la disciplina impuesta por el capitalista por la disciplina voluntaria de los productores, y toda la re-

volución social está contenida en esa transformación interior del taller.

En el Estado, ¿quién tiene en jaque a la arbitrariedad del Poder, a la fuerza del ejército, al principio mismo del gobierno, si no es el movimiento obrero organizado? Es la única potencia con la cual tenga seriamente que contar el imperialismo estatal; el único agente de desorganización real del absolutismo político; el obstáculo principal a la invasión sofocante del mecanismo administrativo.

En la sociedad, donde todas las agrupaciones tienen la tendencia invencible a reproducir las formaciones autoritarias del taller y del Estado, los sindicatos revolucionarios dan el ejemplo vivo de una organización fundada sobre la libertad. La extrema flexibilidad de la organización obrera, su federalismo, la ausencia del poder coercitivo son la mejor prueba de que se puede conciliar el espíritu de orden y el espíritu de independencia. El sindicato libre en el sindicato, el sindicato libre en la federación, la federación libre en la confederación: he ahí una lección de cosas cuya eficacia no puede ser perdida.

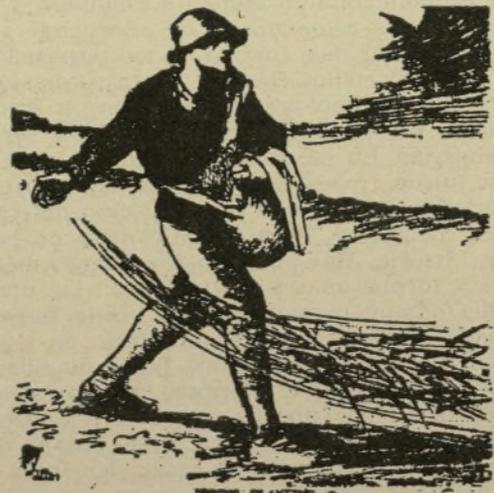
Y he ahí cómo el sindicalismo se ofrece a la vez como la encarnación real de la lucha de clases y la preparación práctica de un régimen de libertad.

H. L.

El Socialismo y el Estado

liberalismo: Liberación de la economía de todas las ligaduras de la política; liberación en la cultura de todas las influencias político-dominadoras; liberación del hombre por la asociación solidaria con sus semejantes. O como dijo Proudhon:

«Desde el punto de vista social, libertad y solidaridad son expresiones distintas del mismo concepto. En tanto que la libertad de cada uno no encuentra barreras en la libertad de los otros, como dice la Declaración de los derechos del hombre de 1793, sino un apoyo, el hombre más libre es aquél que tiene las mayores relaciones con sus semejantes.»



UNAMUNIANAS

PERO ¿qué te propones con todo eso? ¿A qué término van enderezados todos tus esfuerzos? ¿Qué resultado persigues?

¿Y eres tú, mi querido y fiel amigo, el que me lo preguntas? ¿Eres tú?

Aunque sí, tú te imaginas luchar por la victoria y yo lucho por la lucha misma. Y como ya te oigo replicarme que la lucha es un medio y no un fin, me adelanto a decirte que nunca supe bien y cada vez sé menos la diferencia que hay de fines a medios. Y si la vida, que no es más que lucha, es un fin, según tú dices y yo no lo creo, entonces puede muy bien serlo la lucha misma.

No me prediques la paz, que la tengo miedo. La paz es la sumisión y la mentira. Ya conoces mi divisa: Primero la verdad que la paz. Antes quiero verdad en guerra que no mentira en paz. Nada más triste que entercarse en vivir de ilusiones a conciencia de que lo son.

Si vencemos, ¿cuál será el premio de la victoria? Déjalo: busca la lucha, y el premio, si lo hay, se te dará por añadidura. Y tal vez ese premio no sea otro que la lucha misma.

¿No conoces acaso las horas de íntima soledad, cuando nos abrazamos a la desesperación resignada? ¿No conoces esas horas en que se siente uno solo, enteramente solo, en que conoce no más que aparential y fantástico cuanto le rodea, y en que esa aparentialidad le ciñe y estruja como un enorme lago de hielo trillándole el corazón?

La lucha es fragor y estruendo — ¡benditos sean! — Y ese fragor y estruendo apaga el incesante rumor de las aguas eternas y profundas, las de abajo de todo, que van diciendo que todo es nada. Y a estas aguas se las oye en el silencio de la paz, y por eso es la paz terrible. La lucha es el tiempo, es el mar encrespado y embravecido por los vientos, que nos manda sus olas a morir en la playa; la paz es la eternidad, es la infinita sábana de las aguas quietas. Y la eternidad, ¿no te aterra? ¿Qué vas a hacer en toda ella tú, pobre ola del mar de las almas?

¿Te acuerdas de aquellas noches de invierno en que en derredor a la hoguera del viejo tronco de la encina muerta divagábamos — ¡dulce tristeza de consuelo de desesperados! — las eternas divagaciones de los hombres nacidos del barro? Porque allí éramos hombres. El uno dejaba de ser labrador, el otro médico, el otro abogado, cada cual se desnudaba de su oficio y quedábamos los hombres.

La visión de las llamas de una hoguera es como la visión de la rompiente del mar; las lenguas de fuego nos dicen lo mismo que las lenguas de agua. Lo mismo que ellas se hacen para deshacerse, rehacerse y volverse a hacer. Y nuestra conversación era la de los hombres cuando se sienten en

presencia de la eternidad, la de cómo van los días y cómo nos vamos haciendo viejos, la de

Cómo se pasa la vida,
cómo se llega la muerte,
tan callando.

¡Sublime lugar común y eterna paradoja viva! Eterna paradoja, sí, esto de que sea dejar de ser, esto de que vivir sea ir muriendo. Y morir, dime, ¿no será acaso ir viviendo?

Me sucede hace ya algún tiempo una cosa pavorosa, y es que el corazón parece haberse convertido en un reloj de arena y me paso los días y las noches dándole vueltas. Jamás sentí — para la atención en esto: sentí —, jamás sentí de tal modo el correr del tiempo. El tiempo corre que todo se nos va de entre las manos. Sabía, sí — ¿quién no lo sabe? —, lo sabía, pero no lo sentía como lo siento ahora. Ya no es que se me agranda mi pasado, que aumentan mis recuerdos; es que se me achica el porvenir, que disminuyen las esperanzas. No es ya la infancia que se me aleja y con ella mi brumoso nacimiento: es la vejez que se me acerca y mi brumosa muerte con ella. ¿Comprendes ahora lo de la lucha?

Hay quien cree en el goce del viejo combatiente que harto de pelear e incapaz ya para la pelea se retira a su hogar nativo a disfrutar de sus recuerdos de gloria; yo no creo en eso ¡pobre veterano! ¡Pobre veterano que consuela su descanso con recuerdos de fatiga!

Sí, descansar, sí, cuando ya no se puede más. ¿Conoces acaso frase de más lúgubre despedida que «Descanse en paz»? El que descansa se despide.

Hay, sin embargo, dos descansos; uno pasajero, para volver a la pelea después de haber recobrado fuerzas, y este descanso es como el sueño, preparación para la vela; y otro definitivo y sin cesación duradero, que es como la muerte, fin de la vida. ¿Y no has temblado nunca al acostarte con el pensamiento de que no hayas de despertar? ¿No te ha quitado el sueño el imaginar que ese sueño se te hiciera eterno?

Cuando el astuto Ulises bajó a la morada de los muertos, a los campos en que vagan las imágenes de los mortales rendidos, encontróse allí con la sombra del arrogante Aquiles. Quiso consolar al luchador y éste, al contestarle, le dijo estas aladas palabras: «No me consueles de la muerte, ilustre Ulises; antes querría estando de gañán sobre la tierra servir a otro, a un labrador pobre, de poca hacienda, que reinar sobre los muertos.» Aquiles en la morada del eterno descanso suspiraba por los combates de Troya. ¡Oh, si nunca se hubiese tomado la ciudad sagrada!

Miguel Angel y Picasso

por GUSTAVO COCHET

EL papel que Miguel Angel desempeñó en su época está claro para todo el mundo, mientras que el que se discute y se discutirá aún por mucho tiempo es el papel que desde hace 50 años viene desempeñando Picasso.

Así como Práxiteles encarna la gloria del arte de la Grecia antigua y Miguel Angel representa la gloria del Renacimiento, Picasso es el símbolo patético del mundo caótico y maldito que nos toca vivir. Pensar en Miguel Angel es pensar en sobre-humana perfección, hablar de Picasso es referirse a una endiablada descomposición del arte en su forma y espíritu, pero así como con el ate en los pueblos, es con las plantas en las estaciones del año: éstas darán su flor o su fruto, recién después de sembrada la semilla y germinada en la tierra, y dependerá igualmente su éxito del cuidado y circunstancias favorables a su crecimiento.

El arte no es nunca directriz. No es principio sino conclusión; el arte no es, en una palabra, el fruto supremo que alcanzan los pueblos en sus etapas sucesivas de grandes florecimientos, con sus alternativas, asimismo de grandes decadencias.

Por lo tanto, la época del Renacimiento corresponde a un florecimiento apoteósico del arte, como cima de una etapa propicia en que el espíritu reina; en cambio, nuestra época corresponde a una etapa decadente, en la que lo que priva es el instinto y la materia. Picasso es el genio representativo de nuestro tiempo de la mecánica y de la técnica; su arte es el fruto ácido y astringente de una época sin alma.

Picasso no merece por esto ser quemado vivo en la plaza pública o condenable a despeñarse por la roca de Trajano, no; y no creo incluso que su mérito sea inferior al de Miguel Angel; la sola diferencia está en los papeles respectivos que la historia les designó; a Miguel Angel, como en una obra de teatro, le habría tocado el papel del «bueno», a Picasso el del «malo», y nadie, si fuera sincero en el fondo, me negaría que éste, su papel de «malo» lo ha representado a las mil maravillas.

No, no hablaremos de Miguel Angel; de Picasso también se ha hablado mucho, pero su caso aún no está definitivamente aclarado; el crítico de arte «vanguardista», doctor Romero Brest, nos descifró en una disertación el enigma de un dibujo de Picasso reproducido en la pantalla. ¡Qué desahogo al comprender y ver claro en cosa tan confusa! Pero ¿y después? Nada, tal como sucede con la curiosi-

dad que precede a una adivinanza y la indiferencia una vez adivinada. Lo más difícil es explicar o aclarar el porqué de las cosas en sí solamente; se pueden pedir peras al olmo, que el olmo no las dará nunca, pero si notáramos que se insistiese demasiado en pedirselas, nos alarmaríamos, y nuestra investigación de las causas de tales efectos nos demostraría el estado insano que cunde y domina.

Al cubismo y otros ismos se les pide lo que no pueden dar y nadie se alarma y ocurre que Picasso, como Stalin, tiene tantas columnas en todas partes. Picasso es el rey y todos los pintores del mundo que lo siguen son sus súbditos fanáticos con alma de lacayos. Están en juego además grandes capitales; Picasso se hizo millonario vendiendo sus telas y los coleccionistas snobs que pagaron sumas fabulosas por ellas y los marchands que intervinieron en semejante negociado, no tienen interés en que esa obra se desvalorice; son tantos los intereses constituidos que sería casi tan catastrófico como la desvalorización de la moneda de un país.

¡Ah! si yo pudiera, aunque sólo fuera con un grano de arena más, contribuir al cúmulo de esfuerzo que se hace en el mundo para que podamos substraernos, liberarnos de esta gran batahola en que nos debatimos sin ton ni son, en una absoluta desorganización y pérdida total de jerarquía en lo moral y espiritual, como en el valor de la capacidad o competencia noblemente ejercida y la hombría y coraje en el ser humano.

Lo más grave a mi entender y lo digo con el corazón angustiado, pensando en el porvenir inmediato del mundo, es que mientras subsista este estado de descomposición caótica en el arte, querrá decir, como dramático aviso, que el mundo tampoco ha vuelto a encontrar su justo medio, su equilibrio y su sabiduría y que, por consiguiente, subsiste también a pesar del ingente dolor padecido ya, la amenaza de otras guerras más terribles aún. Pero si así fuera, sería como para pensar que una locura se ha apoderado de la mente de los hombres, y en este caso, me digo yo para qué haber suspendido las hostilidades no estando la batalla terminada. En tales condiciones, hablar de paz es extremar con todo cinismo el desprecio por la humanidad, en aras de un egoísmo y ambición criminal apocalípticos.

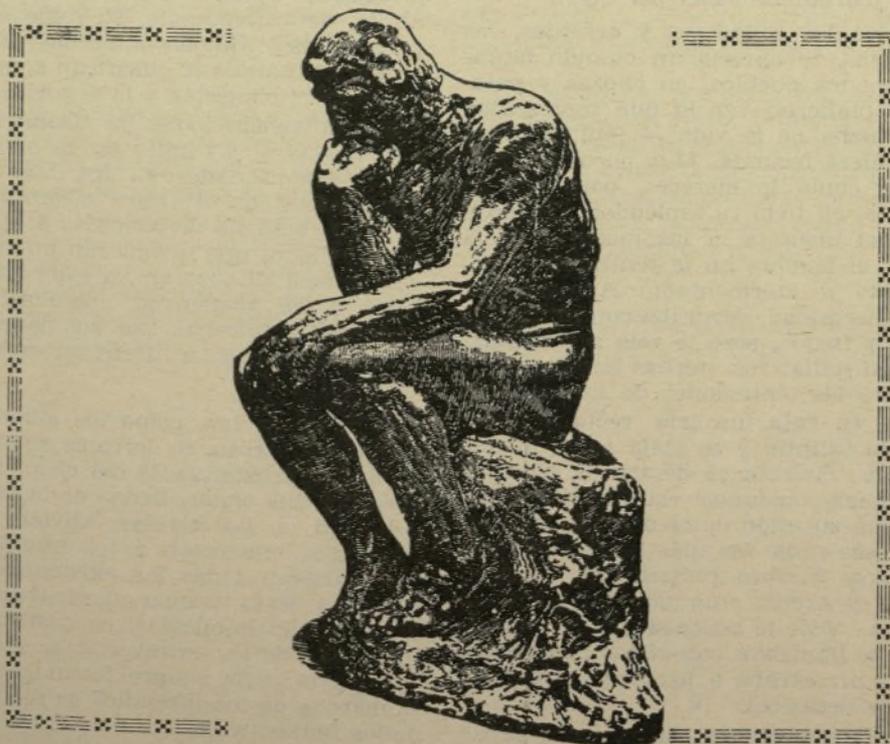
Dado por admitido que la guerra sea inevitable, la paz más amplia ha de reinar entre el lapso que medie entre una y otra, pues de lo contrario no podrá llamarse paz en su verdadera acepción y sería

negarle a la humanidad el periodo constructivo y regenerador, indispensable para recobrar la estabilidad y no perecer. Así sucede con los elementos y la naturaleza toda y del mismo modo que no sería cuerdo desear una eterna primavera y una eterna quietud, porque terminaría por semejarse demasiado a la muerte; la vida es sinónimo de lucha, y el más agitado tiene sus ratos de sosiego y no existe tempestad por furiosa que sea a la que no le siga la calma.

Así, pues, la llaga debe cicatrizar, el dolor debe encontrar su bálsamo; en una palabra, la humanidad debe encontrar su paz después de la terrible contienda. No perdamos las esperanzas de que en un día no lejano, saldrá de nuevo a la luz el lado bueno que hay en todo ser humano y aplastará el lado malo que también le acompaña en el fondo de su instinto y que hoy le domina.

Ese día renacerá la calma que sucede a cada tormenta y con la paz en los corazones, también renacerá el amor y la confraternidad entre los hombres. De la misma manera, pues, el arte volverá a encontrar su justo medio o equilibrio, su verdadera esencia y razón de ser que está en la genial interpretación manual de la vida y la naturaleza de los sentimientos idealizados, o sea en la exaltación de lo bello y poético, de la grandeza del espíritu, de la generosidad altruista del corazón, todo en infinita sublimidad.

Y los pintores o artistas en general, peripatéticos, afeminados de sensibilidad atrofiada que hoy triunfan, habrán pasado en triste estado a la posteridad. La etapa caótica y maldita habrá terminado su ciclo y de nuevo la esperanza y la felicidad iluminará a los hombres en una nueva etapa de florecimiento en el cual volverá a reinar el espíritu.



EL SOÑADOR DE LA PAZ

por EUGEN RELGIS

PAZ nueva, luz nueva, vida nueva... Paz nueva — quiero sentirte en mi corazón, abrazarte en mi pobre conciencia, oír tus latidos en mi pecho y bajo mis sienes —, quiero sentir el calor, el hálito, el sabor de tu presencia... Y acepta mis loas, mis humildes y calladas alabanzas. Yo no le doy un rostro, ni ademanes. Tampoco la contemplo en ciertos símbolos. En tantas diosas te habían imaginado; tantos altares fueron adornados para ti con fibras y ofrendas, en rumor de cánticos y danzas, pero siempre en vano. Como una engañosa aparición, te esfumabas cuando el hombre te tocaba con su mano dura y torpe. Porque él te miraba como a un ídolo: como una cosa que se puede palpar y que sirve para algo. Te anhelaban todos, cuando faltabas, cuando las multitudes agobiadas de plagas y hambre, guerrearban para amos y morían sin saber por qué...

Muy pocos, salvo los soñadores y errantes, los silenciosos idealistas, te apreciaban cuando morabas de veras entre los pueblos, en chozas y palacios. Muy pocos pudieron ver lo que representas — la verdadera lucha de la vida — ¡oh! la lucha cabal de la naturaleza fecunda. Muy pocos te apreciaron y amaron como lo mereces, para que te vieran sonriente, en todo tu esplendor. Ligado a las necesidades del instante, a las miserias de la actualidad social, el hombre no te sentía en su corazón empobrecido y atormentado. Aprovechaba ávidamente tu generosidad, devoraba con animálica prisa tu pan y tus frutos, pero te veía a tí misma. No se preocupó en hallar tus eternas enseñanzas y distinguir — entre las tentaciones de tantos rumbos contrarios — tu ruta unitaria, recta y justa, que aparece de lo infinito y se aleja en el mismo infinito de la vida. Tu ruta se desarrolla como el Tiempo y lleva hacia cualquier estrella del Espacio. Tu ruta es una sucesión de creaciones, un desfile de seres y cosas cada vez más perfeccionados, siempre acercándose al foco radiante del Mundo. ¡Qué tosca forma de arcilla eras para los hombres! Nada más que eso... Sólo te buscaban en tus aspectos «prácticos» y te llamaban con gritos lastimeros, cuando la guerra arrastraba a los pueblos por las llamaradas de sus desastres.

¡Oh, sagrada paz nueva! Eres la misma y la de siempre. Para el hombre verdadero, no tienes máscara ni engaños. Eres única, presente en el alma de los que saben amar. Desparramas tus energías genuinas, tanto en las campiñas labradas como en los campos sembrados de ruinas y cadáveres; estás en todos los seres y todas las cosas — en las piedras y las olas, en las flores y las abejas, en un trabajador tenaz y en un salvaje homicida. Estás en todas partes, pero te revelas sólo en la concien-

cia que busca tu verdad primordial. En efecto, desde milenios estás esperando tu reino en la tierra. Has aparecido de una generación a otra, con tus grandes aspiraciones — pero el hombre estaba embrujado por visiones sangrientas. Tú confías, no obstante, en su victoria final, ya que esta victoria es tuya también. Se hunde el hombre en sus desgracias, pero se eleva — para hundirse nuevamente y volver a levantarse, más extático, hacia la luz de la salvación.

Y ahora, has regresado... Para esta humanidad martirizada, has regresado después de años de exasperadas esperadas, después de los satánicos delirios de una guerra planetaria. Agotadas todas las pasiones, estás de nuevo entre los hombres — y en todos los corazones palpita más fuertemente tu victoria, que el triunfo o la derrota de los ejércitos. ¡Peligrosa ilusión! Cuántos creen que comienza ahora, definitivamente, tu reino en la tierra. Después de este «juicio» supremo del hombre por el hombre, ¡cuántos te glorifican como a un hada que dispensa el bienestar y la seguridad! Acepta ahora, con indulgencia todas las ansias, las aspiraciones impetuosas — y fundes en tu serenidad, todos los males amontonados en los lugares de matanza. Acepta también el alegre alboroto de la adoración popular, pero no desconozcas a los hombres fieles, a los callados que te veneran hoy como siempre (ya que nunca faltabas en su espíritu) y a tus nuevos hijos, a las conciencias liberadas, más y más numerosas, fortalecidas por sus padecimientos y cuya luz se aúna con tu luz imperecedera...

Y la nueva luz, como los albores después de la noche borrascosa, se derrama sobre el mundo. Surge de las proximidades del cielo, de la tierra y del corazón. Sus ondas, llenas de la esencia de la vida, penetran en las heridas, alivian, consuelan a los ofendidos, enderezan a los humillados. Sus mirajes renuevan todas las existencias. Se desploman los velos de fantasmas, desaparecen los uniformes y las armas homicidas; se destraman las visiones infernales de los entreveros; se apagan los aullidos y los ayes, y la sangre fecunda de la tierra, y la humareda de los incendios se pierde en la claridad de los horizontes.

El mundo recobra su sentido de siempre. El mundo entero se reconoce a sí mismo. Con otros centelleos, más vivaces, más humanos, nos miran los ojos de la inmensidad estrellada; con rayos más cálidos, paternal y generoso, el sol insufla sus fuerzas germinativas y la tierra se cubre de sonrisas floridas, y sus hálitos extraen de lo hondo de sus entrañas nuevas riquezas, nuevos seres, nuevos ímpetus de superación.

Y la humanidad reconoce finalmente su propia hombría de bien. Se reconocen las muchedumbres enloquecidas de odio, se reconocen los hermanos enemistados, se refleja el Hombre en cada hombre. Las palabras del Amor y del Trabajo adquieren la límpida sonoridad de la perfecta comprensión. Las cosas hablan en el corazón del hombre: ellas señalan sus designios de creador. Las profecías desoídas antes, empiezan a realizarse. ¡Cuántas veces el hombre no quiso obedecer las profecías, sofocadas en su conciencia nublada, las advertencias clamadas en vano por los solitarios combatientes del Espíritu! Ahora, en verdad, ellas se realizan. En los jardines del alma y de la mente, las semillas de la sabiduría brotan en muchos hombres renovados. Pero estas semillas esperan en todos los hombres que han vivido las apocalípticas pruebas de la guerra. Y la nueva luz se derrama sobre todos los vivientes, ya que inagotables son los purísimos manantiales de la Paz...

Todo está preparado para la vida nueva. Es menester, empero, que cada hombre **lo quiera**. Que abra su corazón y las celdas secretas de su conciencia para que la luz retenida en ellas se aúne con la luz de los tiempos nuevos. Tenemos que repetir sin cesar esta verdad central. ¡Abre tu ser, hombre! Por la vista, el oído, la respiración, por tu pensar, tu sentir y tu trabajo, levántate por sobre las tumbas, en la apoteosis de la vida nueva...

¡Vida nueva! No es una vana palabra. Ella incluye el tesoro más precioso de la humanidad. Es la quintaesencia exprimida de las penas milenarias de todas las existencias; es la experiencia que ha vencido las necesidades y los duros peligros; que ha enfrentado los odios, la locura sangrienta y la muerte atroz de los combatientes de los pueblos. Es el triunfo del Hombre que, buscándose afanosamente a sí mismo, se destruye en las obras falsas por las cuales intentaba eternizarse; se destruye solo,

y vuelve a crearse, dolorosamente, en medio de los desastres de la guerra, hasta que se descubre a sí mismo y halla, en fin, la substancia inalterable: el espíritu de Amor que insufla a sus buenas realizaciones la vitalidad que las acerca a la perfección.

La vida nueva es la última resurrección de este pobre hombre que no sabía que lleva dentro de sí a un dios todopoderoso. En la resurrección última, ya que una una nueva caída de la humanidad sería su servidumbre total, definitiva, bajo la absurda «organización» social y política que la empuja hacia el abismo de las guerras.

La vida nueva es el triunfo de la especie humana y de sus precursores. Es la evolución hacia ese individuo creador, que sintetiza en él a la humanidad; como el diamante que encierra en sí la luz, él abarca en su conciencia la realidad entera del mundo.

¡Oh, la irrefrenada alegría de vivir! El éxtasis de los primeros instantes de la redención... La expansión en los ilimitados reinos etéreos, en el frenesí de un cántico de penitencia, de alabanza y de glorioso retorno...

En verdad, todo vuelve a empezar. Sobre ruinas y muertos — en impetu miriadario — crece la vida nueva... En los hombres y sus obras — permanentemente en su triunfo — resplandece la vida nueva... Hacia el sol y los astros — con las alas de la adoración — se despliega la vida nueva...

¡Oh, la nueva paz de la humanidad martirizada! Sólo así pueden recibirte los que te llevaron siempre en su espíritu, uniendo la luz de la conciencia con tu luz vital. Y tanto para los obstinados soñadores solitarios, como para las multitudes dominadas y dirigidas, sólo éste puede ser tu significado integral y redentor.

(1) Fragmento de «Petru Arbore», trilogía de novelas inéditas en español. — T. III, cap. 29.



Proverbios de Salsamendi

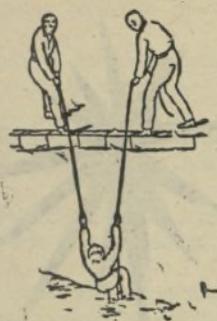
por ABARRATEGUI

CAPITULO IX

A la memoria de J. M. Puyol.

- 1 ¿Quién dirá al ilusionado que la ilusión le ha engañado?
- 2 ¿Quién dirá que de emociones viven bien las ilusiones?
- 3 ¿Quién sabrá que de emoción se nutre la religión?
- 4 Es la ilusión patriotera lo mejor con qué se hiera.
- 5 Con sus grandes ilusiones pasan huestes y legiones.
- 6 ¡Oh, corazón embaucado qué mal tu vidas has dejado!
- 7 ¿Qué hacer para que la gente pase el río por el Puente?
- 8 Mostrarle el Puente en Verdad lejos de la vanidad...
- 9 ... De temores y rencores, de sudores y dolores...
- 10 ... De mangantes que hacen puentes y los venden, insolentes...
- 11 ... De oscuros que en reliones satisfacen ambiciones.
- 12 Nadie se puede esconder sin manchar su parecer.
- 13 Quien a lo malo se acopla ve al mal viento que le sopla.
- 14 Mas echan a otros la culpa quienes no tienen disculpa.
- 15 Buena fama engorda huesos y el Amor da más que besos.
- 16 El de altivo corazón tiene en poco la Razón.
- 17 El que siempre grita albricia poco sabe de Justicia.
- 18 La cordura colectiva siempre lo social aviva.
- 19 Sea, pues, individual el objetivo social.
- 20 Porque el trigo está en la masa y a la espiga el grano tasa.
- 21 Hay en España señales de otras razones sociales.
- 22 Interés de esas razones: muchos miles de millones...
- 23 Pero nunca de españoles, sino duros como soles.
- 24 No vio el amigo Puyol nada nuevo bajo el sol.
- 25 Y durmió sus rebeliones con cervantinos talones.
- 26 La tarde quedó muy oscura por la extrema Extremadura.
- 27 El hizo un amigo nuevo que hoy acude a su relevo.
- 28 Y un ritmo de soledades voy diciendo mis verdades.
- 29 Mira bien que, siempre unida, va la Verdad con la vida.
- 30 No puedo alzar mi testuz mientras me falte la Luz.
- 31 Estas cosas no se cantan, más con amores se plantan.
- 32 Las lluvias que vienen luego fecundarán con su riego.
- 33 La Real Lengua Española, definiendo queda sola.
- 34 Diz que llaman salvador a quien fue el gran capador.
- 35 Mucho engaño de palabras y extrañas abracadabras.
- 36 Vive Franco y, mientras viva alma oscura y frente altiva.
- 37 Mas que lo quite de enmedio quien lo puso por remedio.
- 38 Mientras el Pueblo es pagano el infierno tiene a mano.
- 39 Justo y bueno es perdonar quien te venga a matar.
- 40 Mas con limpieza y con tino quita el arma al asesino.
- 41 Quien al Hombre crucifica, con sus dios se justifica.
- 42 Por Dios y patria asesinan y con odio vista afinan.
- 43 Y sienpre que se fusila s alza la cruz que se estila.
- 44 Tiempo vendrá en que el garrote alzarár al galeote.
- 45 Di que el amor es Amor cuando acabes tanto error.
- 46 Tu corazón un joyel, si el Saber practicas fiel.
- 47 Llámate como te llares, necesito que me ames.





- 48 El poderoso se emperrea
en que sea larga la guerra.
- 49 La vida es más que comer;
añade a tu pan, Saber.
- 50 Aún más perverso es el mal
con campana de cristal.
- 51 El infierno con euforia,
pone a la puerta: «Esto es gloria».
- 52 Que cuando limpio está el trigo,
lo verás tú mismo, amigo.
- 53 Puesto que todo tu afán
es hacer y dar buen pan.
- 54 La carencia de inquietud
apaga la juventud.
- 55 Te digo, porque te amo,
que no fies al reclamo.
- 56 ¿Por qué un señor tan amado
pasa siempre tan guardado?
- 57 El maestro fue un pollino
y el Papa va en topolino.
- 58 Hay discípulos tan sabios
que es mejor cerrar los labios.
- 58 Quien su dignidad atrofia
como en vano su bazofia.
- 60 Sustenta la integridad
quien anima la Verdad.
- 61 Y en España se sustenta
quien los errores alienta.
- 62 Quiero mi eterno alimento
y no el que dura un momento.
- 63 En España es ilusión
comer el pan con jamón.
- 64 Y en el pueblo, hasta la abuela
come pan con mortadela.

- 65 El español llega a rico
y sólo piensa en el pico.
- 66 Pero nunca se equivoca,
porque el pico está en la boca.
- 67 No quiero, si no es amante,
conformista o protestante.
- 68 Un niño desenmascara
con tener limpia la cara.
- 70 Que el error sólo confunde
a quien en sus fangos se hunde.
- 71 No basta, para Integrarse,
de los hombres apartarse.
- 72 La vida del Hombre está
entre el hombre de su edad.
- 73 El pasado y el futuro
para el corazón oscuro.
- 74 Si el Saber te hace maduro,
ponte bien alto del muro.
- 75 Enseña al niño enseguida
sonda de Amor y de Vida.
- 76 Porque las ciencias humanas,
todo son, menos hermanas.
- 77 Si el niño bebe el Saber,
Hombre Justo habrá de ser.
- 78 El Saber sólo lo enseña
quien ambiciona ni sueña.
- 79 Sean maestros liberales
forjadores de ideales.
- 80 Y el hombre, desde su infancia,
nardo limpio en su fragancia.
- 81 Nunca infundas beaterías
ni otras vanas tonterías.
- 82 Y el niño, en su cuarto mes,
comience a cuidar sus pies.
- 83 Honora siempre a tus padres
y el Saber vendrá en hojaldres.
- 84 Sea el maestro imparcial
evitando lo marcial.
- 85 Que en guerras y malas artes,
fueron fecundos los «Martes».
- 86 Un tirano a otro tirano
da la garra y no la mano.
- 87 El tirano tiende a alzar
su persona hasta el altar.

- 88 Hace narrar sus proezas
con miserables grandezas.
- 89 Y el Pueblo, al que menos ama,
más excitado lo aclama.
- 90 Pais que tiene un Caudillo,
la Verdad pasa a cuchillo.
- 91 Se corona de laureles
los que en el alma ven hielos.
- 92 Salgamos ya por el foro
con el laurel del decoro.

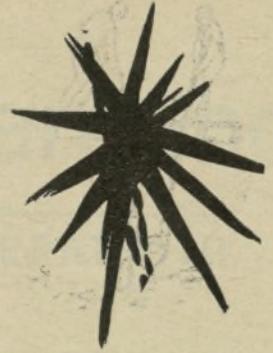
CAPITULO X

A David Valjato.

- 1 Rinde justa pleitesía
el poeta a la poesía...
- 2 ... Si en vez de buscar la rima,
al tierno Saber se arrima.
- 3 Y se aplica así, en tal arte,
algo a Esopo y algo a Iriarte.
- 4 A Amadis deja en la fábula
y halla al Quijote en el aula.
- 5 El azmín perfume el verso
con la Vida en su reverso.
- 6 Y tu palabra enamore
aunque se ría o se lllore.
- 7 Considera que el mal paño,
con buen nombre llama a engaño.
- 8 No faltan jamás ejemplos
en lupanares y templos.
- 9 Los que hoy demócratas son
eran los facciosos de antaño.
- 10 De lo propio y de lo extraño
hacían su provisión.



- 11 El «césar», que tal pasión
notó de tiempos atrás,
- 12 no pudiendo aguantar más,
demócratas los transforma.
- 13 Todos cambiaron de forma;
más del acopio, jamás.
- 14 Sin temor al fabulista
hay quien se engorda la vista.
- 15 Aunque ya es costumbre vieja,
rumiemos la moraleja.
- 16 España se las arregla
imponiendo nueva regla.
- 17 Con su atillo y con su caña,
dejó la Verdad España.
- 18 El saco del ambicioso
sostiene en Madrid el oso.
- 19 Siempre el pillo dijo al pillo:
«Corre y vete, que te pillo».
- 20 La España grande que existe:
mucho cuento y mucho chiste.
- 21 También se cantan las penas
a llorosas magdalenas.
- 22 ¿Dónde está la solución
de tamaña confusión?
- 23 En que el Pueblo sabio sea
imbuído en nueva idea.
- 24 Por la izquierda o la derecha;
pero que abra justa brecha.
- 25 Quien tiene justos deseos
deja los politiqueos.
- 26 Y evita así que un desmande
a mala parte lo mande.
- 27 Viejas culturas dejad
y adquirid voz de Verdad.
- 28 Libro blanco o negro lee
y sólo en los justo cree.
- 29 Porque el justo entendimiento
halla pronto su elemento.
- 30 La Razón empieza a hallarla
al que empieza por buscarla.
- 31 Nadie te imponga censura;
mas gracia a tu luz procura.
- 32 En España es meritorio,
cada Inés con su Tenorio.
- 33 Lo malo es que muchos juanes
son esclavos de alemanes.
- 36 También se van las ineses
a servir a los franceses.
- 37 Hartos ya de quien la engaña
miles van a Gran Bretaña.
- 38 Se van quedando en mandiles
curas y guardia civiles.
- 39 Aunque allá quedan sin quejas
todos los viejos y viejas...
- 40 .. Los que del franquismo tiran
y otros que en vano suspiran.
- 41 Hay también quienes, patriotas.
se están poniendo las botas...
- 42 Construyendo domicilio
a fascistas en exilio...
- 43 O con misero tipismo,
haciendo gracia al turismo.
- 44 Una España marrullera,
amigos, que nadie quiera.
- 45 España y tan sólo España
sin telar de telaraña.
- 46 España para el Saber
y de Amor sea el quehacer.
- 47 Del Saber a nadie prives
si en Sabiduría vives.
- 48 Sea tu sola pasión
persuadir a un corazón.
- 49 Y en palabra persuasiva
el Amante Justo viva.
- 50 No te llames anarquista
si pierdes tu luz de vista.
- 51 Si el mundo vas a arreglar,
por tí mismo has de empezar.
- 52 Si digo Verdad o miento
bien sabrá tu entendimiento...
- 53 ... Si dejas el gesto adusto
y sonríes como el Justo.
- 54 Aunque lleves mucha prisa
reconoce la sonrisa.
- 55 Sonríe la lagartija
y el avaro a la sortija.
- 56 Sonríe el niño y el fraile
y la moza que va al baile.
- 57 En la sonrisa, virtud,
cuando irradia juventud.
- 58 El Saber tiene un jardín
y el buen principio es su fin.
- 59 Admira, cierto, a las flores,
mas adquiere sus favores.
- 60 A nadie, por nada, fuerces
porque al Amor ya retuerces.
- 61 Es buena la tolerancia,
cuando es limpia su fragancia.
- 62 El Justo, si no tolera,
lejos se va de quien hiera.
- 63 Mas el necio intolerante
usa palabra punzante.
- 64 Más bello que uniforme orden,
el armonioso desorden.
- 65 Mantén pura tu alegría
sirviendo Sabiduría.
- 66 Que el saber tiende una flor,
como camino, al Amor.
- 67 Hoy los títulos del necio
se cotizan a buen precio.
- 68 El proletario, de pies,
verá que el dueño no es.



- 69 Para que el rico no crezca,
que ningún pobre lo mezca.
- 70 Defiende tu independencia
si vives en la decencia.
- 71 El hombre que explota al hombre
de ignominia lleva el nombre.
- 72 Y quien contento se explota,
tristemente hace el idiota.
- 73 Si el Saber presto te alcanza
haz más presta la enseñanza.
- 74 Están muriendo de anemia
Instituto y Academia.
- 75 Hay un saber que alimenta
lo que el Amor no sustenta.
- 76 Quien al Pueblo aterroriza
mata a aquel que profundiza.
- 77 El saber superficial,
buen aliado del mal.
- 78 Halla Ciencia en tu conciencia
y Verdad en permanencia.
- 79 Más que maestros, diplomáticos
se muestran los catedráticos.
- 80 Si alguno Verdad esgrime,
muy pronto se le suprime.
- 81 Sea sólo Majestad
el Amor a la Verdad.
- 82 La mentira piadosa,
por lo necia es más odiosa.
- 83 Arregla tan bien tu paso
que al embuste no hagas caso.
- 84 La armonioso exactitud,
ten por constante virtud.
- 85 Emplea siempre tus dones
en despertar corazones.
- 86 Hoy el mejor Areópago
es un pretexto de estómago.
- 87 De muy humilde parecer
a tu puerta está el Saber.
- 88 Por su aspecto lo rechaza
quien medra en su calabaza.
- 89 Y para ese soñador,
una pipa es el honor.
- 90 ¡Cualquier va y le anticipa
que ese honor es una pipa!
- 91 Te repito, buen Facundo
que bien complejo es el mundo.
- 92 Y a ti te digo, Pancracio,
que te apresures despacio.
- 93 Le suplico a Dorotea
que honesta y limpia se vea.
- 94 Pido a mi amiga Rosario
que abandone el relicario.
- 95 Ved al mundo y, quien lo mire,
algo hallará donde tire.
- 96 Digo con sinceridad
que bien tonta es Vanidad.
- 97 Y el Sabio dice conmigo
lo que a ti mismo te digo:
- 98 Que solo el Amor persigue
darte el ritmo que él consigue.
- 99 Y ese ritmo es, en Verdad,
un ramo de Eternidad.



CONCEPTOS QUE QUEDAN

... Ellos han sido la hormiga y yo la cigarra; mientras ellos han contado dólares yo he gastado el tiempo contando las estrellas. Yo quería hacer un hombre de cada animal humano; ellos, más prácticos, han hecho un animal de cada hombre, y se han hecho ellos mismos pastores del rebaño. Sin embargo, prefiero ser un soñador que un hombre práctico.

... Mi conturbado espíritu se regocija con la visión de un porvenir en que no habrá un solo hombre que diga: «Tengo hambre»; en que no haya quien diga: «No sé leer»; en que sobre la tierra no se oiga más el ruido de cadenas y cerrojos.

El burgués no baja la vista hasta donde se pudre el pobre de miseria y de mugre sino cuando siente necesidad de él; pero lo ahorcará con más ferocidad cuando haya pasado la hora del peligro para el privilegio y la tiranía.

La revolución no comienza con el cambio forzoso o pacífico de un modo colectivo de la vida social, económica o política. Mucho antes que se intente el cambio, se ha efectuado la revolución en la conciencia colectiva.

R. FLORES MAGON

(Prisión de Leavenworth, (Kansas).

LA GRANADA

Es la granada olorosa
un cielo cristalizado.
(Cada grano es una estrella,
cada velo es un ocaso).
Cielo seco y comprimido
por la garra de los años.

La granada es como un seno
viejo y apergaminado,
cuyo pezón se hizo estrella
para iluminar el campo.

Es colmena diminuta
con panal ensangrentado,
pues con bocas de mujeres
sus abejas la formaron.
Por eso al estallar, ríe
con púrpura de mil labios...

La granada es corazón
que late sobre el sembrado,
un corazón desdeñoso
donde no pican los pájaros,
un corazón que por fuera
es duro como el humano,
pero da al que lo traspasa
olor y sangre de mayo.

La granada es el tesoro
del viejo gnomo del prado,
el que habló con niña Rosa
en el bosque solitario.

Aquel de la blanca barba
y del traje colorado.
Es el tesoro que aún guardan
las verdes hojas del árbol.
Arcas de piedras preciosas
en entraña de oro vago.

La espiga es el pan. Es Cristo
en vida y muerte cuajado.

El olivo es la firmeza
de la fuerza y el trabajo.
La manzana es lo carnal,
fruta esfinge del pecado,
gota de siglos que guarda
de Satanás el contacto.

La naranja es la tristeza
del azahar profanado,
pues se torna fuego y oro
lo que antes fue puro y blando.

Las vides son la lujuria
que se cuaja en el verano,
de las que la iglesia saca
con bendición, licor santo.

Las castañas son la paz
del hogar: Cosas de antaño.
Crepitar de leños viejos,
peregrinos descarriados.



La bellota es la serena
poesía de lo rancio,
y el membrillo de oro débil
la limpieza de lo sano.

Mas la granada es la sangre
sangre del cielo sagrado,
sangre de la tierra herida
por la aguja del regato.
Sangre del viento que viene
del rudo monte arañado.
Sangre de la mar tranquila,
sangre del dormido lago.
La granada es la prehistoria
de la sangre que llevamos,
la idea de sangre encerrada
en glóbulo duro y agrio,
que tiene una vaga forma
de corazón y de cráneo.
¡Oh, granada abierta!, que eres
una llama sobre el árbol,
hermana en carne de Venus,
risa del huerto creado.
Te cercan las mariposas,
creyéndote sol parado,
y por miedo de quemarse
huyen de tí los gusanos.
Porque eres luz de la vida,
hembra de las frutas. Claro
lucero de la floresta
del arroyo enamorado.

¡Quién fuera como tú, fruta
todo pasión sobre el campo!

Federico GARCIA LORCA

EL MUNDO Y NOSOTROS

por RAMON LIARTE

SOMOS los anarquistas el movimiento organizado que lucha por la manumisión del hombre. Nos declaramos opuestos a toda clase de mesianismo religioso o político. No cultivamos la planta morbosa de la autoridad. Formamos parte del mundo que nos rodea y no queremos vivir alejados de él. Sus dolores son nuestros dolores; sus penas forman parte de las nuestras. Todo lo que es humano, natural, nos es propio. Nada nos es completamente indiferente. Vivimos para luchar y para hacer de la lucha el norte de la vida.

El mundo en su totalidad, por siempre, para nosotros es. Queremos dar a los otros todo cuanto poseemos. Darse sin reserva alguna, tal es el mayor placer que ofrece el combate por una vida mejor. No queremos pienso ni cosecha puesto que no adoramos pesebre alguno ni riqueza amontonada a costa de la miseria del prójimo. El que más cerca de nosotros está es el que más nos mueve a la solidaridad. Y sin embargo, no olvidamos a nadie por lejos y ausente que esté del inmediato y permanentemente combate.

¿Quiénes son nuestros aliados? Todos los que sufren. Los míseros de la existencia, los perseguidos y hambreados. Aquellos que nunca se sintieron hartos siendo la más alta encarnación de la inteligencia, el espíritu y la sabiduría, porque tuvieron la gracia de sentir el dolor de sus semejantes. ¿Y quiénes son nuestros enemigos? El que vende la cruz para recoger preciosas joyas. Quien ensucia el libro de la verdad y se engaña en la mentira. Parásitos y fariseos, agiotistas y mercaderes: no contéis con nuestra adhesión. Vuestro lema es el vicio; el nuestro la virtud. En la hipocresía se forja vuestra táctica divisionista. Nuestra causa se apoya en los principios fundamentales de la razón y la verdad.

Si un día se concluyesen nuestros dolores sería a causa de que en el mundo no existiese espacio para la amargura y el sufrimiento. No pedimos ser salvados ni redimidos, ya que no queremos ir al cielo ni descender al séptimo infierno. ¿Qué buscamos? ¿Legiones para poblar el campo de batalla, mercenarios a sueldo de una nueva ideología? Nuestro combate tiene mayores alcances. Cada uno de nosotros únicamente aspira a una cosa: tener fuerzas renovadas para seguir luchando: mantener firme la convicción en el ideario ácrata; ser lo que somos para ser más aún cada día. ¡Qué no nos falten las fuerzas para luchar!

¿Qué en el Viet-nam se lucha contra el imperalismo? Nos basta saber que los niños mueren aban-

donados en la cuneta del camino. Tenemos de sobra cuando vemos la muñeca sin piernas, el niño sin brazos, la madre con un fusil en las sienes. Ese combate es nuestro. Podremos discutir el fondo de una determinada ideología, los móviles que mueven a los desheredados; pero lo que no discutiremos nunca son sus torturas sin cuento, sus horrores llevados a cabo bajo la bandera de una democracia tísica y corrompida.

Al lado de los pueblos latinoamericanos estamos los libertarios. Donde hay hombres que merecen ser ayudados, pueblos que claman justicia, luchadores que limpian el caño del fusil para defender una causa noble, ahí estamos los anarquistas, y no en la retaguardia, sino en las primeras líneas de fuego. Las llamas de la libertad son luces. La sangre del sacrificio es simiente de doctrina. ¿Pacifistas nosotros cuando hay millones de hombres que exigen una reparación inaplazable? Somos los combatientes permanentes al servicio de la libertad. Y la libertad no conoce metas finales.

Queremos la justicia conquistada con abnegación y coraje. Nuestro es el Derecho porque no es dádiva de tiranos ni maná celeste, sino pan amasado con todos los fracasos cosechados por los esclavos que lucharon para ser hombres libres. Nosotros no renunciamos a ninguna derrota porque en los padecimientos hemos aprendido a modelar la victoria. El triunfo no pertenece a los que se entregan y se rinden, sino a los ineludibles y voluntariosos.

Somos los herederos morales de la revolución social española. ¡Vaya una cantidad de ideas que se encierran en la antedicha frase! Decir España es hablar de lo nuevo, de lo que no periclita; la revolución insobornable, la España libre que lucha por la justicia social. En nombre de este pueblo magnífico se llevó a cabo la revolución más avanzada que registran los Anales de la Historia Universal. Y los creadores de aquellos hechos estelares fuimos los anarquistas. Por eso somos hoy los defensores de todas las empresas manumisoras.

Quien habla de pactar con el enemigo es un traidor. Ni pacto ni coexistencia. Contra el imperialismo de todos los colores; contra la explotación capitalista y estatal; contra los mitos religiosos y políticos los anarquistas hemos estado en guerra permanente y lo estaremos mientras las injusticias no hayan desaparecido de la faz de la tierra.

Una nueva oleada de contemporización mujeril, de negación de los valores que representamos como movimiento doctrinal, social y obrero, se gesta en las almas chatas y deformadas. Nosotros no

tenemos nada que ver con esa transigencia cobarde y pusilánime. No sabemos de olvidos ni practicamos la política de paños calientes y manos frías.

No es culpa nuestra si el porvenir del mundo se ha de resolver mediante la violencia. Quisiéramos que todo se encauzase por derroteros normales de paz y amor; pero esto es imposible dado los intereses encontrados que están en juego. Luego si la lucha es inevitable, si el combate no puede ser esquivado, seamos los más audaces y persistentes en la pelea. Que no se diga de nosotros que representamos la más mínima renuncia, que no somos del temple de nuestros hermanos de ayer. Anarquistas, hoy como siempre, hay que dar la cara y ocupar los primeros puestos de la lucha. Ser vanguardia del gran combate justiciero. Hacer como Bakunin, Malatesta, los mártires de Chicago, Sacco y Vanzetti, Ascaso y Durruti, Flores Magón y todos los hombres que anarquistas fueron, como lo fue Berneri, Magno y millares y millares de los nuestros.

Los tiempos actuales no son propicios para perder el tiempo. Cada minuto que ganemos es una vida que ponemos a salvo; cada día que avancemos en el reloj del destino, supone miles de sacrificios ahorrados. Todo excepto dejar pasar las ocasiones, abultar lo que no existe y deformar lo que de bueno y sano tenemos. Aquí no hay espacio para pequeñeces personales ni plaza para el odio devastador. Los anarquistas somos luchadores generosos que no sabemos guardar rencor al compañero de lucha. El que se engaña sin engañarnos, el que se

equivoca sin pretender equivocarse a los demás, puede ser un inseguro, pero jamás un enemigo. Pero el que tira piedras al tejado de su casa y quema la cosecha que otros segaron a base de sudores y sacrificios, es un adversario de la familia y como enemigo de ésta se comporta.

Que el destino labre mi fracaso, pero que haga triunfar a los míos para que sobrevivan y prosperen nuestras ideas.

Nuestra es la libertad que arrebatamos al enemigo opresor. Nuestro es el sentimiento que mana del corazón hendido en la pelea justiciera. Nuestro el ardor del combate, la fe en los principios que postulamos, el valor para redoblar la lucha.

Nadie puede quitarnos el porvenir porque nuestra es la vida que nace en la noche de la muerte. Nuestro es también el espacio, y la tierra, y los días de acción tenaz, de brega continua que dedicamos a los otros. Anarquistas y hombres de acción hasta la muerte. Donde haya un hombre que luche por la emancipación individual y colectiva; donde haya un pueblo que se coloque en la vanguardia del combate por el Derecho, ahí debemos estar nosotros, marcando nuestra presencia resuelta y determinante. Compañero de ideas y de luchas, no te suplicamos que ocupes tu puesto, sino que no desertes jamás del campo que elegiste para ser hombre, afirmando tu voluntad libre y tu personalidad de luchador anarquista.

Los anarquistas deben confundirse con la vida humana, con el mundo todo, siendo fieles al ideal que siempre han defendido.

«El nostro programma» se editó aparte en folleto (Paterson, 1903, Tipografía de «El Despertar», 31 páginas en 16°) por el grupo socialista anarquista «L'Avvenire», de New London (Connecticut). He aquí como resume las ideas anarquistas:

1° Abolición de la propiedad privada de la tierra; expropiación de materias primas y útiles de trabajo, garantizando a todos los medios de producción y de vida para que sean verdaderamente independientes y puedan asociarse libremente con sus semejantes según el común interés de todos y de acuerdo con las propias simpatías de afinidad.

2° Abolición de todo gobierno y de todo poder que dicte o consolide cualquier ley; por consiguiente, abolición de Monarquías, Repúblicas, Parlamentos, ejércitos, policía, magistratura y cualquier institución provista de medios coercitivos.

3° Organizar la vida social por asociaciones y federaciones libres de productores y consumidores, complementadas y modificadas según se acuerde por voluntad de los participantes, orientados por la experiencia y sin más coacción que la que se deriva de las leyes naturales a las que se someten todos voluntariamente dominados por el sentimiento de que son ineluctables.

4° Garantía de medios de vida, desenvolvimiento y bienestar para la infancia y la pubertad incapaz de producir lo que consume.

5° Guerra a las religiones y a todas las mentiras, aunque se escondan bajo apariencias científicas. Instrucción para todos hasta los grados superiores.

6° Guerra al patriotismo, abolición de fronteras y fraternidad universal.

7° Reconstrucción de la familia por el amor, libertado de yugos y pasiones económicas o físicas, como también de prejuicios religiosos.

POETAS DE AYER Y DE HOY

EL EMBARGO



Señol juez, pase usted mas alanti
y que entrin tós esos.
No le de a usted ansia,
No le de a usted mieo...

Si venis antiyel a afligila,
sos tumbo a la puerta. ¡Pero ya s'a muerto!
¡Embalgal, embalgal los avíos,
que aquí no hay dinero:
lo he gastao en comías pa ella
y en botica que no le sirvieron;
y eso que me quea,
polque no me dió tiempo a vendello,
ya me está sobrando,
ya me está gediendo!
Embalgal ese sachó de pico
y esas joces clavás en el techo
y esa segureja
y esi cacho e liendro...
¡Jerramientas que no quedi una!
Ya ¿pa qué las quiero?
Si tuviá que ganalo pa ella
¡Cualisquiá me quitaba a mi eso!
Pero ya no quio vel esi sachó
ni esas joces clavás en el techo
ni esa segureja, ni ese cacho liendro...

¡Pero a vel, señor juez: Cuidiaito
si alguno de esos
es osao de tocali a esa cama
andi ella s'a muerto!
La camita andi yo la he quiero
cuando dambos estabamos buenos
la camita ondi yo la he cuidao
la camita andi estuvo su cuerpo
cuatro mesis vivo
y una nochi muerto!...
¡Señol juez: Que nenguno sea osao
de tocale a esa cama ni un pelo,
porque aquí lo jinco
delante usted mesmo!
Llevaisoslo todo
todo menos eso
que esas mantas tienen
suol de su cuerpo...
¡Y me güelin, me güelin a ella
ca ves que los güelo!...

José María Gabriel y Galán



Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

«Cabaret de la belle femme (Le)»,	3 50	«Manteau volé (Le)», Cogol	0 50
«Centenaire bulgare (Un)»,	8 50	«Mon Martien chéri», Delpon	0 50
«Commune de Paris (La)»,	1 00	«Mariage à Ste-Miche», Berthier	0 50
«Cœur de grand musicien», Auderville	7 50	«Marchand de papier», Rémond	0 50
«Cœur du sphinx (Le)», Graupéra	0 50	«Magnétophones modernes», Vegnet	14 00
«Condition humaine (La)», Malraux	4 00	«Mémoires de guerre», Ch. de Gaulle (2 v.)	4 00
«Cheitanov» (Histoire du mouvement libertaire bulgare)	9 20	«Immoraliste (L')», André Gide	2 80
«Collectivisations en Espagne (Les)», CNT-FAI	5 50	«Métamorphose»	3 00
«Ciel plein d'étoiles»	1 70	«Meute du tsar (La)», Tolstoï	4 00
«Courrier littéraire (Le)», Henriot	2 00	«Militarisme et société moderne», Ferrero	4 00
«Chateaubriand»	10 00	«Mon oncle Benjamin», Tillier	3 50
«Cycle éternel», Barbedette	1 50	«Nourris ton corps», Geffroy	2 00
«Contes d'un rebelle», Devaldès	1 50	«Notre destinée», Greef	5 25
«Cœur comme les autres (Un)», Delpon	0 50	«Œuvres» de Tolstoï	6 00
«Crime de la baronne (Le)», Blasco Ibañez	0 50	«Ombres et lumières», Delpon	0 50
«Ça n'arrivera pas», Pignero	0 50	«Œuvres» de Villon	8 00
«Dans la forge de la vie»	0 50	«Or, fléau des peuples (L')», Gille	10 00
«Deux secrets pour l'Espagne», Aubier	18 00	«Pierre Kropotkine»	6 00
«Derniers jours de Pékin», Loti	2 00	«Plume d'oise», Berthier	0 50
«Dernière innocence (La)», Berthin	5 50	«Petit soleil (Le)», V. Esgleas	0 50
«Durolle», Planche	1 50	«Plume de canard», Berthier	0 50
«Défense de parler au chauffeur», Berthier	0 50	«Plaie (La)», Delpon	0 50
«Envers du Journal de Gide (L')», Rambaud	3 00	«Pour vaincre sans violence», De Ligt	3 50
«Entre Austerlitz et Orsay», Berthier	0 50	«Quadrille de matamores», Aubonne	3 00
«Francisco Ferrer», Sol Ferrer	15 00	«Quarante contre un», Guth	3 00
«Frères Reclus (Les)», P. Reclus	8 75	«Quand le juge devient bourreau», Escobès	0 50
«Faust», Goethe	6 00	«Quand sonne l'heure», Delpon	0 50
«Faux célibataires», Cuadrat	9 30	«Quatre contes», Pignero	0 50
«Feu la liberté», Gignoux	1 50	«Révolution inconnue», Voline	5 50
«Guerre et la Paix (La)», Tolstoï (2 t.)	12 00	«Réprouvée (La)», Urales	0 50
«Gars de la marine (Les)», Brinkley	6 90	«Suicide (Le)», Durhekeim	22 00
«Genaro», Martinez	4 00	«Statistiques d'économétrie», Guitton	18 00
«Grandes Jorasses», Fréndo	3 00	«Sociologie fédéraliste libertaire», Respaud	3 75
«Grande coupable (La)», Delpon	0 50	«Sacrifiée», Cuadrat	9 30
«Histoire d'un jour gris», Vida Esgleas	0 50	«Sérénades sans guitare», Villebeuf	7 50
«Hijos de la calle (Los)», Montseny	0 50	«Suaire de Turin (Le)», abbé Turmel	1 50
«Isolation acoustique dans le bâtiment»,	18 00	«Symbolique de Rimbaud», Génoux	2 00
«Infernale tentation», Delpon	0 50	«Science sans conscience», Dantec	2 50
«Joies et fruits de la lecture»	7 00	«Soif infinie (La)», Montseny	0 50
«Jeanne d'Arc et sa mère», Ryner	4 50	«Survivre», Escobès	0 50
«Joyeuse», Delvalle	0 50	«Sous la tempête», Paules	0 50
«Jean Salgado», Deza	0 50	«Soldat d'Attila (Le)», Farrière	0 50
«Justin», Rabau	0 50	«Trois femmes», Moris	5 50
«Kiki», Monier	3 00	«Topographie», Mathieu	1 00
«Juan de Mairena», A. Machado	6 90	«Tragique retour», Paules	0 50
«Libertés de l'esprit», Morgan	4 20	«Un ennemi passait», Delpon	0 50
«Livre du bien et du mal»	10 00	«Vie religieuse (La)», Mirkheim	26 00
«Lettres sur l'inquiétude moderne»	3 50	«Le vrai Don Juan»	4 80
«Louise Michel», Planche	5 00	«Vermine (La)», Pignero	0 50
«Mythologie marxiste-léniniste», Brittel	2 50	«Vengé», Paules	0 50
«Mon ami Jules», Delvalle	0 50	«Vichy-Bouzuks», Berthier	0 50
«Mabel», Montseny	0 50	«Vatican contre l'Europe», Paris	15 00
«Montagnard (Le)», V. Esgleas	0 50	«Zoogobie», Larreta	4 00
		«Zola», Zevaes	7 00

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)